

La extraordinaria aventura de
San José de Calasanz,
fundador de las Escuelas Pías
y Patrono de todas las escuelas populares
cristianas.

57

3 Giuseppe Calasanz

MARIA CONSUELO DIEGUEZ

una vida entre chavales

LO IMPOSIBLE



Portada:
FRANCISCO IZQUIERDO

PRESENTACION

CARTAS A SAN JOSE DE CALASANZ

† Balaguer, 25-VII-1570.

Querido amigo: Dentro de poco va a ser tu cumpleaños y no quiero que falte en tu día mi felicitación. Vas a cumplir doce años. Yo también los haré pronto, antes de que volvamos a Estadilla a pasar otro año juntos. Y ahora recuerda lo bien que nos lo pasamos.

¿Te acuerdas de la vez que nos castigó don Alfonso por subir al desván? ¡Qué de cosas había allí! Hasta un casco de guerra. Este año, como pueda, lo mango.

Yo me lo paso muy bien por aquí. El domingo pasado estuvimos de romería a la ermita del Cristo de Almatá. Después hubo danzas y los mozos jugaron una partida de bolos.

Pepe, ya me contarás en la próxima ¿qué tal te pasas el verano? ¿Puedes a tu hermano Pedro? Escríbeme pronto una carta muy larga.

Bueno, Pepe, que pases el día de tu santo muy bien y lo mismo digo de las vacaciones. Se despide tu amigo para siempre,

PACO.

† La paz de Cristo
Elna, 7-X-1591

Doctor José de Calasanz
oficial de Tremp

Querido primo: Te escribo para comunicarte una grata noticia. Si te has fijado, por el sello te darás cuenta de que acabo de ser consagrado obispo. Por ahora se trata de la pequeña sede Elna-Perpiñán.

En estos días me encuentro ocupadísimo. Pero tratándose de ti alargo un poco más mi carta. Observo tu brillante carrera sacerdotal y he pensado proponerte algo.

Tú eres listo, José. Si te doctoras en Teología—cosa que te costará poco— podrás conseguir otros cargos eclesiásticos. Por ejemplo, una canonjía. El puesto es más seguro. (Te lo digo yo, que he sido canónigo en Lérida y te aprecio.) Y hecho canónigo, ¿no podría ser que los caminos del Señor te condujeran al obispado?

Piénsalo y decidete. En Lérida, tras una temporada de estudios, podrás doctorarte. En cuanto a la canonjía, será algo más difícil, pero tengo entendido que en la Ciudad Eterna sobran dichos cargos.

Y después espero verte hermano en la plenitud del sacerdocio.

Tu primo,

ANTOINE DE GALLART
Obispo de Elna-Perpiñán

1967

SAN JOSE DE CALASANZ
Apartado de confesores

A punto de comenzar. Otra vez escribiendo sobre tu vida. Debo reconocer que no es un tema muy original.

Nunca resulta original escribir la vida de un santo. Todos nos la sabemos: fue un niño ejemplar en la escuela y en su casa, hizo terribles mortificaciones...

Mira, José. Yo voy a contarles tu vida a niños de doce años. Eso te gusta.

Por mi parte, estoy entusiasmada de tu figura. Pero no precisamente por las biografías que he leído cuando era pequeña. Yo te concibo travieso de pequeño, como cualquier "chavea" y con ambiciones en tu juventud.

Por eso me he inventado las dos cartas anteriores (aunque históricamente no se conciban perfectamente).

Mientras escribo, procuro no perder de vista dos cosas: tu figura histórica—gigante y de hombre universal— y el lector que deseo te encuentre asequible. Mi lector, con once o doce años, llamado Iñaqui o Andresín, tiene un montón de "tebeos" que acaba de cambiar.

Pero mi amigo lector no va a dejar este libro a la mitad para "devorarse" su colección del "Jabato". Y por ello he preferido olvidarme algo de tu historia—por cierto, bastante discutida—y pensar más en tus pequeños amigos que habrían ido al legendario olivo con una pistola espacial.

Para todos estos amigos tuyos una bendición.

LA AUTORA.

PARTE PRIMERA

PEPE, JOSE Y D. JOSE DE CALASANZ

I

Pepe caminaba despacio. Las manos en los bolsillos, silbando cualquier cosa. Al pasar ante una señora anciana que hacía calceta, saludó:

—Buenas tardes, señora Antonia.

—Buenas tardes, hijo. Hace buen día ¿eh?

—Pues, sí.

—¿Dónde vas tan peinadito? «Cuidao» que te pone guapo tu madre.

Sin querer, Pepe siente que se colorean sus mejillas y está por dentro «fastidiao». Dice:

—A casa de los Marquet.

Y se aleja con ganas de haber contestado: «¿por qué se mete donde no la llaman, tía vieja? ¡Jobar! Ya estoy harto de si mamá me peina bien, si el niño está gordito, si... ¡bah!»

Pepe tiene diez años y vive en un pueblo de Huesca, que como tú y yo sabemos cae en la parte de arriba del mapa. Bueno, que conste que esto no es un cuento. Todo esto pasó, aunque hace mucho tiempo.

El pueblo se llama Peralta de la Sal. Para que el pueblecito de Pepe guste hay que vivir en él; o, al menos, mirarlo varias veces. Porque así, a la primera... No tiene paisajes verdes, ni ríos grandes. Es triste. Está en un valle donde la tierra es parda y los olivos empolvados; los cami-

nos son blancos y las casas grises y pobres. Pero esto no se lo cuentes a Pepe. Se enfadaria. Se trata de su pueblo (que tiene tres cosas que no las tiene Sevilla). A Pepe le gusta mucho su pueblo. Sobre todo, la torre de la iglesia, con su gran nido de cigüeñas. La torre que canta su sinfonía metálica y brillante.

Además, hay un río con peces... «que te vas en verano con todo el sol y te pasas una tarde magnífica. Y, en invierno, cuando están nevadas las montañas de alrededor, es el pueblo más bonito del mundo».

* * *

Allí estaba Pepe, ante la casa de los Marquet, para buscar a su amigo.

—Buenas tardes.

—Hola, Pepe. ¿Vienes a buscar a Juan?

—Sí, señora.

—¿Dónde pensáis ir?

—Ya veremos. Al río o a las viñas.

—Espera un poco, majo, que en seguidita viene.

Y, al poco rato, los tenemos juntos caminando hacia el río.

—Oye, me da una rabia ¿sabes? Mamá siempre me dice: «Fíjate qué bien arreglado va Pepe; que Pepe es un niño muy bueno y ojalá seas como él».

—Pues igual me pasa a mí en casa. Cuando no me dicen que sea como tú, me dicen que a ver si soy como mi hermano Pedro. Y una vez me dijeron que fuera tan bueno como Isa. Fíjate ¿eh? como mi hermana, la pequeña. ¿No te fastidia?

—Siempre se meten en todo. Cuando nosotros seamos mayores...

Siguen un rato en silencio.

—Bueno, ¿dónde vamos?—pregunta Juan.

—A cazar pájaros. Ya lo tengo todo preparado. La liga y un buen reclamo.

* * *

—¡Chsss!...

—Ya se acerca.

—¡Calla!

—Picó. Vamos.

Y los dos salen corriendo de su escondrijo.

—Fíjate qué grande es.

—Sí. Menos mal. Porque hoy estamos de mala suerte. Es el segundo y llevamos un buen rato.

—Esperaremos a que caiga otro, ¿no?

—Sí.

De nuevo vuelven a su posición de espera.

—Pepe.

—¿Qué?

—Te voy a decir un secreto. No se lo digas a nadie.

—Descuida, hombre.

—¡Júralo!

—Mi madre dice que nunca jure. Te doy mi palabra. ¿No te fías?

—Bueno. Que yo quiero ser cura.

Los dos quedan un momento en silencio. Pepe lo rompe.

—¿Y por qué quieres ser cura?

—Porque me gusta.

—¿Te gusta decir misa y estar todo el día en la iglesia?

—Oye, Pepe: yo se lo he dicho a don Antonio y se ha puesto muy contento. Pero, me ha dicho, que ser cura no es sólo decir misa. También hay que amar a Cristo y a la Virgen. Hay que ser bueno y hacer el bien a todos. Y luchar contra el pecado. ¿Tú no has pensado nunca en eso?

—Alguna vez. Después, añade: A mi madre si le gusta que sea cura.

—¿Sabes de qué me acuerdo?—dice Juan—. De aquel día en que el maestro nos habló del demonio. Eso fue cuando teníamos seis años. Y como hace tanto mal, tú y yo quisimos matarle.

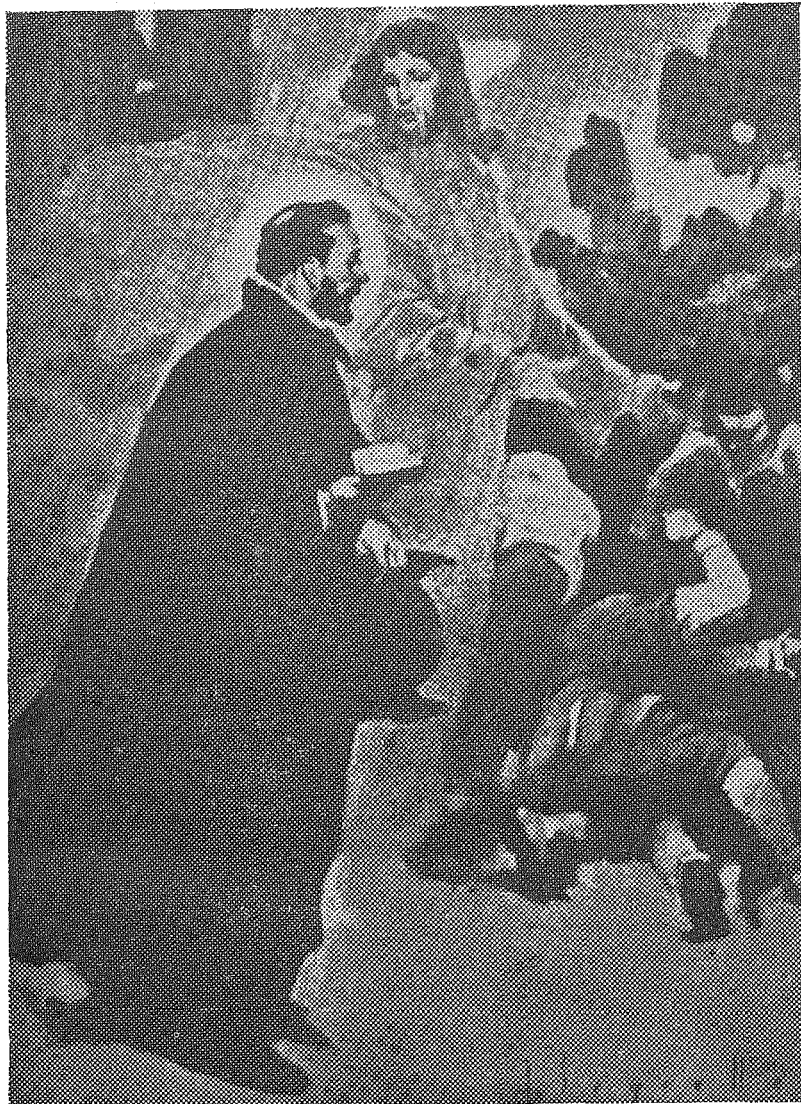
Los dos lo recuerdan en silencio. Antes creían que se podría matar al demonio. Que sería algún feo pajarraco. Pepe, en un descuido de su madre, cogió el cuchillo de la cocina. Buscó a su amigo y se dirigieron hacia un olivar. En una rama del olivo más alto, vieron un mochuelo y los dos creyeron que era el mismísimo diablo. Juan tuvo miedo. Pero, Pepe, comenzó a subir. El pájaro escapó. El pisó una rama seca, que se partió y, ¡zas!, porrazo.

—Después—dice Pepe en voz alta—se enteró mi hermana Isa y se lo chivó a mi madre. Mi madre me riñó y me dijo que podía haberme matado. Pero yo no me hice nada.

En este momento picó otro pájaro. Ellos estaban distraídos; cuando se dieron cuenta y quisieron ir, el pájaro se había escapado.

* * *

Volviendo hacia casa, Pepe va pensando en la conversación que ha tenido con su amigo.



«Para ser cura, hay que estudiar mucho. A mí, sí me gustaría estudiar. Y también hay que decir misa y predicar. Y enterarte de todos los pecados. Y casar y enterrar a la gente. No sé si me gustaría todo esto, porque...»

—¡Pepeee! Corre.

Pepe mira y ve a su hermana Isa, que es la que le está llamando.

—¿Qué pasa?

—Que ha venido abuela Margarita, la de «El Grado». Y está hablando de ti con mamá.

La abuela de Pepe es toda una señora abuela. Se conserva bastante bien a pesar de su edad. A Pepe le gusta la abuela por su manera de ser—siempre dice las cosas con pocas palabras—, y porque le suele regalar cosas.

—Buenas tardes, abuela.

—Buenas tardes, Pepe. A ver: ¿te gustaría estudiar?

—Sí, mucho.

—Pues ya está. Te vienes el próximo lunes a Estadilla.

Y se acabó.

Aquella tarde, Pepe, durante el rosario en familia, se distrajo más de lo corriente. Soñó mucho. Libros..., sabiduría..., nuevos compañeros...

Al día siguiente, se pasó la mañana haciendo de percha. La cazadora se le había quedado pequeña; le comprarían un jersey. Necesitaba pañuelos, calcetines... ¡qué pesadez!

Pasados dos días, le tocó oír cuatro consejos de su padre, y treinta y ocho advertencias de su madre. Cuando esperaba el turno de las hermanas, Pepe se puso serio y dijo que ya era suficiente-

mente mayor y sabía lo que se hacía. Y las hermanas le contestaron que, vaya un chico más antipático, orgulloso y tonto.

Y, otros dos días más tarde, iba montado en un carro junto a la abuela. En sus ojos asomaron unas lágrimas cuando se escondió, en el recodo del camino, la torre de su Peralta.

II

Los diez años de Pepe eran pocos para enfrentarse ante un internado.

Los primeros días los pasó mal: estaba despedido. No conocía a nadie. Las tapias del parque le parecían enormes, monstruosas. Los pasillos, largos y negros...; sí, lo pasó mal. Además, ya no era Pepe. Era Calasanz.

En el colegio de Estadilla tampoco faltaba el profesor hueso. Tenía una voz campanuda y trataba a los alumnos de usted: «Oiga, jovencito, ¿por qué iba hablando? No quiero explicaciones; esta noche castigado hasta las doce». Siempre seguía el mismo método: hacía una pregunta, y sin querer saber la respuesta, ¡zas!, castigado. A Pepe también le tocó alguna vez. Después, en la cama, lloró, apretándose los ojos con los puños, porque el castigo había sido injusto.

Pero, poco a poco, fue haciéndose al ambiente. Pepe es un chico con un temperamento adaptable a la mayoría de los compañeros. Además, tiene facilidad en los estudios. Esta última cualidad le valió de mucho. Los profesores le apreciaban y tenía la satisfacción de enviar a casa buenas notas. Y de recibir unas cartas estupendas de su madre, que él leía dos o tres veces y después guardaba con gran cuidado.

Una vez al mes recibía la visita de su abuela. Al principio, estaba deseando que llegara el día de visita; pero, después, apenas sabía de qué hablar y le fastidiaba un poco. Si fuera su madre, sería otra cosa; pero, por la abuela tenía que perder toda la tarde del domingo... Con todo, siempre procuró ser lo más cariñoso que pudo.

Y Pepe se echó un amigo: Francisco de Ager. En el colegio le llamaban Ager, pero como esto del apellido no les convenía, quedaron en llamarse Paco y Pepe.

—Pero sólo entre los amigos, ¿eh?

Bueno, hombre.

Las conversaciones entre los dos amigos, al principio, consistían en contarse cosas de sus pueblos.

Pepe solía hablar de su familia; porque decía que su pueblo tenía cosas como ninguno, pero que él no sabía describir bien. Por eso le hablaba de sus hermanas—María, Juana, Esperanza, Magdalena e Isabel—. Y de su hermano Pedro. Y, además, que su padre—Pedro, también—es el alcalde del pueblo. Y maestro armero.

Paco se inclinaba a describir su pueblo, Fonz y, sobre todo, el Pirineo leridano, porque había ido un verano y...

—Aquello es algo que vale la pena. Con unas rocas cortadas a pico, aquello es, lo que se dice, de vértigo.

—Pues en Peralta también hay montañas...

—Pero, hombre, no vayas a comparar. Y si quieres algo bueno, imagínate los ríos. El Nogueira, que baja mordiendo la roca y escupiendo espuma.

A Paco le gustaba mucho describir. Y no lo hacía mal del todo. Cuando hablaban de lo que iban a ser de mayores, Pepe empezaba con frases como éstas: «Me gustaría ser...», «procuraré...». Por el contrario, Paco siempre afirmaba: «Yo seré escritor».

Hasta empezó a escribir dos novelas. La más larga trataba de las mil peripecias de un chico que quiere ser misionero.

—Y ¿qué título le vas a poner?

—Aún no lo he pensado.

Al día siguiente, Paco estaba muy contento.

—Ya tengo el título.

—A ver.

—¡¡Fuego en el corazón!!

—Me gusta, es muy bueno.

—Un poco romántico. Para la otra estoy buscando algo más original.

Paco comunicó a su amigo aquella misma tarde que había encontrado un título original: **El grito del grillo en la grieta de la gruta.**

A Pepe le cayó en gracia. Y cada vez que lo recordaba, se destornillaba de risa. Aunque estuviera en la clase del «profe-hueso».

* * *

Pepe tiene montones de recuerdos de Estadilla. Pensándolo bien, tiene más recuerdos buenos que malos: «la batalla de mondas de naranjas en el comedor» (que fue la monda); las inocentadas del 28 de diciembre; el atrevimiento de hacer al «profe-hueso» la petaca (que terminó en castigo ge-

neral); las conversaciones y 'secretos a medias con Paco ...

Y llegó el verano. Pepe volvió a Peralta. No dio golpe en cuestión de estudio. Aguantó las diecisiete preguntas de su madre respecto a la ropa, que volvía mucho peor que había ido (cosa que a Pepe le parecía natural). El segundo capítulo de preguntas trataba de la comida. Cuando tocó el turno a las hermanas, esta vez Pepe se portó mejor y contestó algunas preguntas con exageraciones—¡claro!—a ver si les daba envidia.

Corrió, jugó, se pasó la mitad del verano en el río, se pegó con su hermano (en bromas, porque le convenía), recibió carta de Paco y cogió fruta de los árboles. Al final de las vacaciones escribía a su amigo: «Me he pasado un verano a lo bestia». Y era verdad.

Y segundo curso en Estadilla. Latín, humanidades, más latín, más humanidades y un poco de música. En aquellos tiempos había menos asignaturas. (¡Qué tios con suerte!) Pepe y Paco, tan amigos. Monotonía de horario, rota por «castigos y hazañas». Unos recuerdos buenos y otros no tan buenos. Y... tercer curso de humanidades en Estadilla. Pepe tiene quince años.

—Chico, cómo pasa el tiempo. Si parece que era ayer cuando llegamos.

Está con Paco. Los dos preparan sus maletas para regresar a sus respectivos pueblos. Han terminado—diríamos—la enseñanza media de su tiempo. Los dos están en silencio y algo tristonés. Ahora se olvidan de todos los malos ratos y hasta el «profe-hueso» es calificado de buena persona.

—Oye, Pepe; espero que nos escribiremos. Quizá no volvamos a vernos y todas nuestras comunes aventuras no se olvidan así como así.

—Yo te escribiré pronto. Cuando me contestes, me cuentas que tal te va y a qué piensas dedicarte.

—Te he dicho mil veces que seré escritor. Y tú, ¿qué piensas hacer?

—Si me dejan en casa, seré sacerdote.

Paco le mira en silencio. Después, quitándose la medalla se la tiende a su amigo, diciendo:

—Toma. Cámbiala por la tuya. Será un último recuerdo. Ya que quieres ser sacerdote, procura ser un santo sacerdote. Creo que vales.

—Gracias, Paco. Yo también te deseo éxito en la carrera que has escogido.

Terminaron de preparar sus maletas. Tocó la campana para comer. Después de la comida, bajaron el equipaje y cada uno tomó la dirección de su pueblo. La despedida consistió en un profundo apretón de manos.

* * *

El verano aquél—1570—no lo pasó tan a lo salvaje como otros anteriores. Había cambiado. Lo notó Isa y no digamos su madre.

Era bastante más formal, sin que por ello perdiera la alegría. Y la madre notó que a su hijo le gustaba ir a la iglesia, y hasta le había visto rezando ante una virgencita de madera que tenía en el cuarto de dormir. Y se alegró.

Con todo, José (que ya va siendo hora de abandonar el Pepe) no dijo nada a sus padres del de-

seo de ser sacerdote. Sin él buscarlo, se le arreglaron las cosas mejor de lo que esperaba.

Don Pedro de Calasanz y doña María, padres de José—y aunque ahora no son muy ricos, sí descendientes de noble familia—, forman un matrimonio envidiable. Las paredes de la casa te hablarían—si pudieran—de muchas virtudes y buenos ejemplos. El principal, el amor entre sí y a los hijos.

Por ello, procuraron dejar bien colocados a todos. Las hermanas mayores ya estaban casadas, y a la pequeña le costaría poco seguir el mismo camino. Pedro, el hermano mayor, tenía el problema resuelto. Era el heredero; ayudaba a su padre. Y de paso no perdía el tiempo, pues acompañaba a una joven de esas de... (aquí se silba).

Pero, ¿y José? Quizá le gustaría seguir estudiando. Tiene talento. Unos parientes de la familia—los Sala—habían enviado a un hijo suyo a la Universidad de Lérida.

Consultan a José y éste se alegra y dice que sí, que a la «Uni».

Veía en sus estudios la manera de aprender algo que le valdría para su futuro sacerdocio. Porque en Lérida no sólo estudiará Jurisprudencia (así, como suena), sino, también Filosofía.

Y a matricularse. A conocer capital. Y a conocer ambiente universitario.

III

Para un pesimista, la Universidad es como el huerto del tío Paco, que produce unas maravillosas calabazas en junio y septiembre. Por el contrario, un optimista ve a la Universidad como algo maravilloso: la Universidad es juventud, juventud que canta, juventud que sonríe ante la vida y bla, bla, bla.

Pero ni aún mirando la Universidad de Lérida de aquellos tiempos, con ojos optimistas, nos quedaremos con buena impresión.

José tiene diecisiete años. En la Universidad reina un ambiente democrático (esta palabra para que uses el diccionario). Resulta que el rector es un estudiante que dirige la Universidad con la ayuda de tantos consejeros como provincias o «naciones» (como entonces se decía). Entonces, sólo había aragoneses y catalanes. Y José de Calasanz fue elegido por sus compañeros aragoneses como representante de su «nación». Esto nos demuestra que nuestro protagonista nos ha salido un buen estudiante y buen compañero. Pero José pasa malos tragos en su puesto de «jefecillo». En aquellas fechas, los estudiantes no se andaban con bromas, y en vez de tener tirapie-

dras o pistolas de agua, tenían su espada y no de juguete. Las consecuencias son claras: cuando se comenzaba riñendo, era fácil terminar batiéndose (con cuchillada inclusive).

Y aquí aparece Mateo. Mateo García, estudiante, era lo que se dice «la oca». A pesar de ello (y tiro porque me toca), tuvo la suerte de ganarse la simpatía de José de Calasanz.

Habrán muchos estudiantes que acepten a Mateo como modelo. Mateo va pasando de forma casi milagrosa los cursos. Cuando Mateo realiza un esfuerzo de voluntad, logra estudiar hasta tres cuartos de hora seguidos. Lástima que en lo que lleva de año sólo ha hecho dos veces ese esfuerzo. Pero, como él dice: «cada uno hace lo que puede y Dios no nos pide cosas superiores a nuestras fuerzas».

Su afición preferida es la de verse envuelto en todos los follones universitarios.

Pero no todo lo de Mateo es malo. Una de sus buenas cualidades es el saber producir una sana alegría. Cuando coge la guitarra, siempre tiene un corro admirador que escucha, entre risas, sus divertidas coplas. José le aprecia, sobre todo, en estos momentos. Además, entre sus coplas no hay nada picante. Las preferidas son las de las suegras. Todas del siguiente estilo:

Dicen que a todas las suegras
las van a tirar al mar,
y la pinta de la mía
está aprendiendo a nadar.

Si alguno encuentra en el pueblo
a mi suegra con su cesta,
devuélvame la segunda
y quédese con la suegra.

A la buena de mi suegra
le ha mordido una serpiente,
y la pobrecita murió,
la pobrecita serpiente.

Y otros muchos ripios, generalmente peores,
que los demás coreaban con el estribillo:

Suegras en el mundo
no debía haber,
pero si te casas,
ra, ra, ra,
qué le vas a hacer.

* * *

Una tarde de cualquier domingo, José oyó en su puerta unos golpes tremendos. Fue a abrir y se encontró a Mateo bastante excitado.

—¿Qué te pasa?

—Nada, que casi me lío.

—Otro lío. Es que no tienes un día libre.

—No. Si ha sido una bobada. Sácame un trago de algo y te lo cuento.

José llena dos vasos de un vinillo riojano que «esto es vida».

—Pues nada; que estaba paseando, me cruzo con una chica y le digo: «qué bien pisas, chata».

y ella va y se lo cree. Y me miró de tal manera... (Mateo hace un signo de desmayo).

—¡Hombre! No sería para tanto.

—Te digo que sí. Así que me acerco y empiezo a decir mis frases favoritas. Esas de: «estás mejor hecha que una obra de caridad», y «por ti sería capaz de buscar a la madre de la oveja, con cuya lana se hizo la primera sotana el cura que te bautizó».

—Mira, Mateo; deja de meterte con los curas y decir tantas bobadas y termina pronto.

—¡Bah!, lo que queda ya se supone. Que estamos los dos juntos y aparece el novio de la chica. Ella se pone nerviosa, y el novio viene hacia mí con los puños cerrados. Entonces, yo saco mi espada y él la suya. Cuatro pases por aquí, dos por allá. Y en un descuido le «pincho» en el brazo derecho. El me empieza a insultar. En esos momentos pasan unos hombres que a la voz de «al bandido», salen corriendo detrás de mí. Hasta que los he despistado por estas callejuelas y me he dicho: «Voy a casa de mi Espíritu».

Porque Mateo llama a José su Espíritu Santo. Y con bastante acierto. José le ayuda en todos estos jaleos y en sus problemas económicos. Pero toda esta ayuda no la da por ser «un primo», sino porque ve en Mateo un gran corazón y sabe que cuando se decida podrá ser algo bueno.

Y así fue. Por lo visto, algún día se decidió. Diez años más tarde encontramos a Mateo, el juerguista, convertido en sacerdote. Ese es el final. No será exagerado suponer, que si algún día Mateo se decidió a apretar los codos y a ol-

vidarse la espada en casa, se debió a los buenos contactos con su «espíritu santo».

* * *

1575. Verano. José de Calasanz ha terminado en la Universidad de Lérida sus estudios filosóficos.

Ahora tiene diecinueve años. Es alto, fuerte e inteligente. Ha jugado su corazón a una sola carta. Tiene su futuro decidido: sacerdote.

Ya ha formado su plan de verano. Primero hará una excursioncilla por el Pirineo leridano (a ver si merece los adjetivos que, siendo pequeños, le ponía su amigo Paco). Después irá a Balaguer. Desde allí pedirá permiso a su padre para comenzar los estudios de Teología; de paso, le gustaría usar sotana y hacerse coronilla, cosas que no obligan a nada. José sabía que esto despertaría sospechas en su padre, pero prefería que fuera así.

Disfrutó bastante aquel verano. En el Pirineo catalán gozó del paisaje y tuvo tiempo para pensar.

De día la roca arde bajo su pie. Los atardeceres hinchan el pecho de aire puro y en las alturas es fácil elevar la oración a Dios.

Siguiendo la corriente de un río o contemplando cualquier pueblecito aplastado en un valle, José va pensando en sus cosas más queridas:

«Ser sacerdote no es nada fácil.

Pero en la dificultad nace la alegría.

No todos los sacerdotes son buenos. Pero eso siempre pasa y no es razón para echarse atrás.

Es difícil, a veces, amar a Dios, pues no se le

ve. Es difícil tener fe y arrodillarse ante su sagrario.

Pero Dios está en cada hombre. Y es hermoso poder ayudar a los demás hombres.

En el mundo hay injusticia y debo luchar contra ella.

En el mundo hay dolor y debo consolar y sufrir con los pobres.

En el mundo hay pecado y debo odiar al pecado, pero amar al pecador.»

Cuando se acababan las vacaciones fue a Balaguer y recibió la tonsura de manos del obispo de Urgel, don Juan Dimas Lloris. Fue una ceremonia impresionante, y para José imborrable. El Cristo de Almatá presidía desde su cruz la ceremonia y recogió de nuestro joven la oración y promesa de ser sacerdote suyo.

Amigo lector, no voy a explicarte la ceremonia de la tonsura. Basta con saber que es el primer paso hacia el altar y que da derecho a llevar la coronilla; este derecho está cayendo en desuso.

* * *

Después del verano empieza primero de Teología, y en pleno curso recibe la noticia de que su hermano Pedro se casa. Entonces aprovecha la ocasión y en la carta de enhorabuena le pide que procure conseguir de su padre el permiso para ser sacerdote. El hermano, ya que en fechas así no se niega nada, se lo consigue.

Pero José no termina el segundo curso de Teología en Lérida. Hacia la mitad regresa a casa con la intención de cambiar de Universidad, pues la de



Lérida tiene unos profesores muy mediocres en sagrada teología. Después de darle algunas vueltas se decide por Valencia.

Pero tampoco llega a dos años su estancia en Valencia. José de Calasanz no pudo sacar «beca» porque en aquellos tiempos no había, y para ayudar económicamente algo se puso de escribiente de una dama.

Al parecer, la dama llevaba las de quedarse soltera y pronto se enamoró de su joven y guapo secretario. Y comenzó a hacerse la encontradiza. A José le extrañaba un poco que necesitara un secretario y después le sobrara tanto tiempo. Hay que reconocer que con veintiún años José tenía poca experiencia en este tipo de «asaltos». Las cosas fueron rodando y agrandándose. Mientras él estaba tan fresco, la dama tenía el corazón ardiendo de pasión, y una tarde, sin poder contenerse, le invitó a pecar.

Entonces José comprendió. Y actuó rápido. En estos casos: la huida y oración. Renovó su voto sacerdotal y se marchó de Valencia. Incluso perdió curso, pero conservó puro su corazón.

En casos como éste, me decía un amigo..., todos los niños tienen en sus labios puros la sonrisa de Dios.

* * *

Las jornadas a caballo eran fatigosas. Hasta que una mañana asomó entre dos colinas la torre de Peralta. El corazón de José—inquieto por los últimos recuerdos—se serenó y alegró.

Pero aquella alegría murió pronto. Al entrar en

su casa la encuentra de luto. Ha muerto su hermano Pedro.

Tú, lector, eres un buen chico y un buen estudiante (no te pongas rojo, hombre); con todo, vamos a recordar algo de Historia.

1579. ¿Quién reina en España? ... ¡Muy bien! Felipe II, que, además de ser un gran rey y un buen cristiano, es algo pillo. Procura que los nobles luchan entre sí, así se debilitan y el poder real se fortalece. No lejos de Peralta de la Sal hay una comarca fronteriza: Ribagorza. Aquí se lucha cruelmente durante trece años. El rey deja en manos de los nobles esta lucha, para evitar que se cuelen los hugonotes de Francia. (Eso de hugonotes no es un insulto, se trata de unos herejes.) Al hermano de José le tocó ir a la guerra. Posteriormente lo mataron en una emboscada, cerca de Peralta, campesinos ribagorzos armados contra los derechos señoriales del conde de Ribagorza.

Para José aquella muerte significó mucho. No sólo llorar a su querido hermano y consolar a sus padres. Don Pedro le pidió que dejara sus sueños sacerdotales y se casara. Todo para que no se perdiera el famoso apellido. José fue dejando pasar el tiempo, hasta que la muerte visitó de nuevo aquella casa. Y ahora se llevaba al ser más amable: la madre.

Don Pedro de Calasanz está descorazonado. Insiste para que su hijo tome estado matrimonial. Ahora se unen las hermanas a los ruegos del padre. Y José reza. Reza con toda su alma. Dios está por encima del apellido. Y Dios acude de una ma-

nera dolorosa, pero eficaz: José cae enfermo. Los médicos se consideran incapaces de salvarlo. Don Pedro está derrotado. José le llama y le dice:

—Padre, los médicos no pueden curarme. ¿Lo dejamos en manos de Dios? ¿Me dejas prometer hacerme sacerdote si me salvo?

Don Pedro, que aún conserva el recuerdo de las dos muertes, no se deja llevar del egoísmo y prefiere entregar el hijo a Dios antes de verle muerto.

A partir de este momento José recuperará la salud en pocos días. ¿Milagro? Para José, sí. Y sobre todo la seguridad de que Dios le quiere como sacerdote suyo.

José de Calasanz tiene una fecha imborrable.

17 de diciembre de 1583. Sus veinticinco años son convertidos en sacerdote del Señor.

IV

Con veinticinco años, buena salud y un sacerdocio sin estrenar, es obligatorio ser optimista.

La mula anda despacio y el sol quema el paisaje. No importa. José de Calasanz cabalga hacia Monzón con el corazón alegre. En sus manos lleva la caridad y en sus labios las palabras de Cristo.

Aparecen las seiscientas casas—algo tristonas las pobres—y al fondo un castillo con torreón y todo. El curilla para un momento y sonríe. Después se adentra, por el puentecillo, en el pueblo, dispuesto a comunicar su alegría a las gentes sencillas.

Y a trabajar. Se gana fácilmente a los niños. Pero él desea más. Quiere que el pueblo vibre con un corazón cristiano y lucha con toda su alma. Los hombres son duros (algo por el paisaje y otro algo por aragoneses).

Pasa el tiempo. Se repiten las fechas solemnes y los días corrientes. Y de pronto se corre una noticia que pone en movimiento a todo el pueblo.

Lo gritan de ventana a ventana las mujeres y lo comentan entre «chatos» los hombres en la taberna.

—Pero, ¿el rey también vendrá?

—Naturalmente.

Nuestro joven párroco comienza una campaña con el lema: «Mantener limpio el pueblo», y en lo que va de semana ha hecho barrer y fregar tres veces la iglesia enterita.

Todo resultó verdad. El rey, Felipe II, convocó las Cortes en Monzón.

Hay que ver cómo se apretaba la gente para no perderse nada. Después, lo comentaría todo la señora Manuela. Lo comentaría a gritos, porque la pobre está «tapia». Y habla por lo que no oye.

—¡Chica! ¡Y qué lujo! Primero los alabarderos, que iban como príncipes. Y después el rey. ¡Qué dignidad!: apuesto, gallardo, sonriente. Eso es un rey.

El pueblo se retiró a descansar más tarde que de costumbre. Corrió el vinillo y se habló de todo.

En los días siguientes, se reunieron las Cortes para tratar los mil y un asuntos tratables. Se habló desde la guerra de Ribagorza hasta de la reforma de los agustinos. Nuestro curilla fue nombrado secretario y redactor de las conclusiones.

* * *

El frío amorataba las manos y muerde, helado, la cara. Ha sido un viaje muy pesado. Más de una vez bajo lluvia; ahora, ha terminado.

Allí, encima de la montaña, está Montserrat. A una jornada de la capital catalana. Los cuatro jinetes contemplan el monasterio. La mirada descansa en el paisaje. Los jinetes son: un obispo—don Juan de la Figuera—un canónico, un diácono, y nuestro conocido José de Calasanz. ¿Qué ha sucedido?

El citado obispo ha sido nombrado visitador del

célebre monasterio y no ha dudado mucho en elegir como ayudante al curilla de Monzón.

No son muchas las obligaciones de José allí. Escribe, redacta, habla con los frailes. Sobre todo, reza ante la Virgen Moreneta, para que la reforma tenga éxito. Para que todos estos hombres dedicados a Dios, se entreguen totalmente.

Durante la visita, la muerte se le acerca de nuevo, llevándose otros dos seres queridos. Fallece el otro visitador. José, que no es un «métome en todo», hace unos informes de cómo va la visita, y los envía a Barcelona. Después, se dirige a su pueblo. Ha recibido una mala noticia. Su padre está enfermo de gravedad.

Y otra vez a recorrer los malos caminos del norte. Todo, para llegar a tiempo de abrazar a su padre y echarle una bendición sacerdotal, de esas que, a la fuerza, te abren el cielo.

* * *

El obispado de Urgel está sin obispo. José de Calasanz está de maestro de ceremonias en la catedral, y no hace más que escribir cartas. Esto es en 1588.

Escribe a los virreyes de Cataluña para que manden soldados, y escribe pidiendo un nuevo obispo. Porque la cosa está muy fea. En la región, hay bastantes que han llegado a la conclusión de que para vivir, no hace falta trabajar. Y, claro, se dedicaban al robo y al asesinato que es un gusto (digo, un disgusto).

Y, encima, se creen muy graciosos; pues dicen que la Biblia está mal traducida. Que en vez de «ganarás el pan con el sudor de tu frente», debe de-

cir: «ganarás el pan con el sudor del de enfrente».

Y se compraban un trabuco y unos cuchillitos y, ¡hala!, a vivir. Forman «bandas de bandoleros». Algo así como los «gánsters» de ahora.

Los virreyes de Cataluña no mandan nada y los curas de la región lo pasan mal; pues, los bandoleros tienen preferencias de robar en las casas parroquiales.

Llega noviembre, frío, y termina el período sin obispo. Es nombrado para ejercer el cargo un carujo: fray Andrés Capella.

El obispo resulta ser un «tío» de los que valen la pena. Está dispuesto a implantar el espíritu del Concilio de Trento, y a acabar con el bandolerismo.

Unos sesenta años atrás, se había reunido un concilio ecuménico en Trento. (Esto ya lo sabéis por religión.) Y estaba dando tan buenos frutos como ahora el Vaticano II.

En el trato que el obispo va teniendo con sus sacerdotes, se fija en uno que posee cualidades humanas: amabilidad, inteligencia... y valores religiosos: caridad, humildad...; es José de Calasanz. Entonces le nombra Visitador de la comarca más difícil; por la relajación de costumbres y por el bandolerismo.

Nuestro cura no se anda con «chiquitas», y se compra un trabuco de esos que disparan cualquier cosa. No era muy ejemplar que el visitador tuviera tal arma (y cargadita), pero se hacía necesario.

En aquella visita José de Calasanz rezó, sudó, habló, se sacrificó... Pero consiguió su fruto.

Tenía una táctica sencilla. Llegaba a un pueblo. Reunía a la gente en la iglesia y les dirigía unas breves palabras, incitándoles a orar. Después, él rezaba



con toda su alma y comenzaba la parte más amarga: examinar y corregir, algunas veces, con dureza.

Una de las cosas que más gustaban en el Visitador, era la amabilidad y sencillez. Así, con frecuencia, se mezclaba en los juegos de los mozos. José era joven y de gran fuerza.

—¡Eh!, Padre, ¿quiere tirar la barra?

—¿La barra? Pago una ronda en la taberna si hay alguno que la lanza más lejos que yo.

Se tensaban sus músculos, y la barra volaba hasta allá lejotes.

—¡Qué bárbaro!

* * *

Es indiscutible que nuestro curita tenía su fuerza. Ahí va un caso:

Ha llovido mucho y los caminos están embarrados. Calasanz se dirige hacia otro pueblo y, de pronto, oye a un hombre que está echando tacos y blasfemias a todo meter. A José le duele en el alma. Se acerca y comprende el porqué de todas las «palabras». El burro, del señor, se ha metido en el lodazal y no hay manera de hacerle salir. Y «el bestia» pega a la pobre bestia.

José de Calasanz se quita la sotana, tiende unas ramas en el barro, se mete entre las patas del infeliz burrito y, en un esfuerzo gigante, lo levanta sobre sus hombros y lo saca a lugar seco.

El campesino queda asombrado.

—Gracias, Padre.

—Es mejor que se las dé a Dios. Pero, antes, pídale perdón por toda la serie de palabrotas..

—¡Oh, Padre!, no sé cómo corregirme.

—Hay muchos métodos. Por ejemplo: cada vez que diga una blasfemia, acuérdesse de hoy, y rece un avemaría. Y si eso no basta, en vez de dar con el palo al burro, pegue en su espalda o más bajo.

* * *

El obispo está encantado de los frutos de la visita. Así que va y «enchufa» a Calasanz, concediéndole algunos titulillos. Deja a su nombre los beneficios de dos parroquias. (Ninguna llega a las sesenta casas y las dos están muy ventiladas por los vientos del Norte.) Además, le hace oficial de Tremp. No se trataba de oficial con uniforme y todo; venía a ser una mezcla de juez y sacerdote.

Don José de Calasanz y Gastón (como ves, un nombre digno de Premio Nóbel) está optimista. Es joven y desempeña buenos cargos. Entonces es cuando recibe una carta del obispo Antoine de Gallart habiéndole de doctorados y canonjías. Después de darle algunas vueltas al asunto, se decide a probar suerte. Y la tiene. En Barcelona le dan un doctorado de esos de: «pase» —«de ningún modo, doctor, usted primero»—. Solo que doctor en Teología.

Después, pide permiso a fray Andrés Capella para trasladarse a Roma en busca de mayores dignidades. El obispo procura retenerle, y, al ver que no hay nada que hacer, se dedica a escribir recomendaciones para sus conocidos de la Ciudad Eterna.

Estamos en 1592. Un momento decisivo para José de Calasanz, doctor en Teología y con algunas pretensiones más. En Roma va a encontrar su meta, la abrazará y conseguirá la santidad. Hasta ahora,

Calasanz ha sido un buen sacerdote. Es el momento de empezar a ser un santo sacerdote.

Fue una pena. Pero Calasanz no nació santo. Se ganó la santidad a pulso. El día de su nacimiento no pasó nada extraordinario. De pequeño no hizo grandes penitencias. Era un buen chico, como suele decirse (lo cual no excluye las trastadas). Y, después, a fuerza de amar a Dios y a los hombres, se hizo un santazo.

Esto nos anima a tí y a mí, ¿verdad?

PARTE SEGUNDA

EL PADRE JOSE

I

Baltasar Compte, canónigo, está de un humor de perros. Su figura resulta simpática. Un «vejete salao». El caso es que está recorriendo toda Roma siempre murmurando no se sabe qué, entre dientes. Y esta vez no son oraciones.

—¿Qué se habrá creído este cardenal! ¿Que es fácil encontrar un cura en Roma? ¡Pues no pide nada!

Y refunfuñando, se dirige a la iglesia de Montserrat, donde suelen decir misa los sacerdotes españoles. Esta vez tiene más éxito, y le dicen que aquel cura que está celebrando es el mismísimo José de Calasanz.

Así que Baltasar se sienta en un banco cerquita del altar, dispuesto a no dejar escapar esta vez al sacerdote español. Comienza a seguir la misa, y se da cuenta de que José la dice de un modo que inspira devoción. Esto le alegra y le hace olvidar todas sus caminatas: «Bueno. Esta vez parece ser que me llevo algo a palacio».

En la sacristía le asalta:

—Padre, véngase conmigo. Hay un cardenal que le está esperando. Iremos en el coche de San Fernando. Pago yo.

José está admiradísimo. Ante él, el resuelto canónigo, con su cara chistosa, diciéndole que le espera todo un cardenal.

* * *

...23, 24, 25 escalones de mármol. Ahora, un pasillo con bellas pinturas y esculturas. José ya no sabe dónde pisa. Por fin, llega a la presencia de Marco Antonio Colonna, cardenal de la Iglesia.

El purpurado es bondadoso, y con mucho tiempo le presenta a José las cosas, de tal modo, que éste acepta a quedarse a vivir con él. Será consultor y teólogo del cardenal. Pero no llevará vida de palacio. A petición suya, ocupará el cuarto donde años antes se santificó Carlos Borromeo, que da directamente a la iglesia.

Pasa el tiempo y José no se conforma con la vida que lleva. Hay algo que no le llena del todo. Además de sus trabajos de teólogo, es preceptor de un sobrinito del cardenal, Felipe Colonna. También efectúa salidas por la ciudad para rezar ante las reliquias de los santos y para ayudar al prójimo. Se alista con este fin a unos grupos o cofradías que solían hacer el bien, visitando hospitales, los barrios bajos de la ciudad, y enseñando a niños y mayores el catecismo, después de la misa dominical.

En el año 1596, se declara en Roma una terrible peste. El adjetivo está bien puesto, y quizá se quede corto. Porque las pestes producían más muertos que la misma guerra. No existían vacunas ni antibióticos, y el que se contagiaba era casi seguro que moría. Hombres y mujeres yacían enfermos sin la ayuda de nadie. Pues, por temor al contagio,

la gente huía a otras ciudades. La única manera de atacar la enfermedad se logra mediante el fuego: quemando todo lo que pertenece a los apestados.

José de Calasanz se lanza a ayudar en lo que puede. Da últimas bendiciones y entierra a los muertos. En estas obras conoce a Camilo de Lelis. Después, santo también.

Trabajan incasablemente. Reparten algunos alimentos y administran los sacramentos. Apenas duermen cinco horas diarias. No tienen inconveniente en entrar en los hogares más humildes y ejercer los servicios más repugnantes.

Poco a poco, va extinguiéndose la peste. Pero ha dejado una profunda huella. Niños huérfanos, madres sin hijos. Hay familias en que han muerto todos. José de Calasanz continúa visitando los barrios pobres de Roma.

Se me había ocurrido hacerte unas descripciones de estas cosas, recargando las tintas negras; pero renuncio a ello. Por muy realista que fuera, tú ibas a decir: «es verdaderamente terrible», y se acabó. Pasada una semana se te habría olvidado todo y vivirías tan contento en una buena casita. Así que prefiero hacerte una invitación. Si vives en una capital—o cuando tengas ocasión de visitar una—vas y te das un paseo por las chabolas. No vayas solo. Vete con alguien mayor que tú y procura entrar en alguna de ellas. Más que invitación es un reto. ¿Lo aceptas?

* * *

Bien. ¿Qué me dices ahora? Sí, sí. Ya lo sé. Seis personas en una sola habitación. Aquello es espantoso, escalofriante. Que sí, hombre, que sí.

Bueno; pues ahora vas y le quitas cuatrocientos años, y te encuentras con algo parecido, solo que peor. Y esto es lo que está visitando Calasanz. Aquella mañanita, José sale de la última chabola, verdaderamente cansado. Es mediodía y se dispone a volver, a comer, al palacio del cardenal. En medio de la calle, hay unos cuantos chicos jugando. De repente, en los oídos de José, suena, como un latigazo, una blasfemia. Se vuelve y ve a dos chavales que se insultan mutuamente y están dispuestos a pegarse, porque, al parecer, uno no ha cumplido las reglas del juego. Otros dos o tres animan:

—Venga, pégale.

—Muérdele un ojo.

Pero no sólo animan con estas palabras, sino que abundan más las otras que tú te sabes y que, incluso por educación, no está bien decir.

José se acerca al grupo. Separa a los chicos y les dice con sencillez, que procuren no decir esas palabras. Después se aleja. Pero va pensando que no toda la culpa es de los pobres chavales. No, ellos no tienen la culpa. Ellos repiten lo que oyen a los mayores. Si ellos son aficionados a jugarse el dinero, si son «ladronzuelos», si envejecen antes de tiempo, es porque nadie les ha educado intelectual, ni religiosamente.

Todos estos pensamientos ocupan a José varios días. Y es cuando se le ocurre una de las ideas más fenomenales, y que le coloca como hombre de primera línea, como un adelantado de la historia.

A ti te parece muy natural que ahora todos los chicos tengan una educación más o menos aceptable, y que estén obligados a ir a la escuela como mínimo siete años. Pero en los tiempos en que vivió

nuestro protagonista, no existían escuelas más que para una escasa minoría, toda ella formada por los hijos de la gente rica.

La idea de Calasanz, que ahora nos parece lo más normal, era de lo más revolucionario que pueda echarse uno a la cara.

La única solución para atacar el mal es fundar escuelas, muchas escuelas, para todos los niños hambrientos de educación y piedad. Escuelas gratuitas para los niños pobres.

Propone el plan al Estado, que lo alaba; pero, que:

—No, Padre. Sería tirar el dinero y éste no sobra. Pero, ¡ánimo! Cuando vengan tiempos mejores, yo creo que bla, bla, bla.

José no se desanima; se dirige a los jesuitas y después a los dominicos, pidiéndoles que abran escuelas para los niños pobres. Pero ambas Ordenes responden negativamente. Y hacen bien, pues no fueron fundadas con esos fines.

Los días transcurren y José de Calasanz, a pesar de que sus planes se van deshaciendo, cada vez está más entusiasmado con su idea, y decide empezar, aunque sea sólo.

En un barrio de amontonadas chabolas, que hay junto al río Tíber (acuérdate de la geografía: Roma), hay una iglesita, pobre también, llamada Santa Dorotea. Y en ella hay un sacerdote que trabaja con gran optimismo: Brendani. José se dirige a él y le pide algún local para comenzar con un grupo de chicos a enseñarles las verdades cristianas y las primeras letras. Brendani se lo cede y hasta se entusiasma un poco y suele venir a ayudarle.

Se ha producido un milagro: 1597, y en Santa Do-

rotea, ha nacido la primera escuela popular cristiana.

José de Calasanz se da cuenta de que resulta muy pesado el humilde trabajo día tras día. Pero ahora es optimista y sueña. Sueña en sus niños y en su obra.

A ti ya se te está terminando tu período de niñez. Tú lo estás deseando porque quieres ser mayor. Pero, yo, que a través de estas líneas me estoy haciendo amiga tuya, te voy a dar un consejo: no pierdas nunca la niñez de tu alma.

No te voy a hacer un panegírico (otra palabra para usar el diccionario) de la niñez. Permíteme estas líneas de un gran poeta indio que ha sabido cantar como pocos la sencillez del niño.

"Si el niño quisiera, podría volar ahora mismo al cielo. Pero por algo no se va. ¡Le gusta tanto echar la cabeza en el pecho de su madre y mirarla y mirarla sin descanso!

"El niño sabe una infinidad de palabras maravillosas, aunque son tan pocos los que en este mundo entienden lo que él dice. Pero por algo no quiere hablar. Lo único que quiere es aprender las palabras de su madre. ¡Así pone ese aire tan inocente!

"El niño vivía en el mundo de la dicha perfecta y no sabía llorar. Pero por algo eligió las lágrimas. Porque si con su sonrisa se ganaba el corazón ansioso de su madre, sus llantitos por cualquier penita le atan un doble lazo de lástima y de amor."

Rabindranath TAGORE.

II

El barrio de Trastévere, es un barrio donde las noticias se corren a toda velocidad. Hay que ver cómo presumen las madres de que su pequeño angelito ya sabe contar, leer y escribir.

Cada mañana, José encuentra a dos o tres madres a la puerta de la escuela.

—Padre José (ahora le llaman así), ¿podría mi Andresín venir a su clase?

—Claro. No faltaba más. Mándemelo.

Pero el número va aumentando y parece que salen chavales por todos los rincones, y el Padre José no sabe dónde meterlos. Se procura otro local y busca a dos sacerdotes más, para que le ayuden. Pero el trabajo es duro, pronto se cansan y lo dejan.

Efectivamente, todas las obras de misericordia suponen sacrificio; pero el estar encerrado todo el día enseñando a leer y escribir, es algo que no está al alcance de cualquiera.

José de Calasanz recurre a sus rentas (tanto de los beneficios españoles, como de lo que le da el cardenal), y paga a unos sacerdotes un salario justo, para que enseñen a los niños. De todo lo demás se encarga él. Se preocupa de comprar plumas y

cuadernos. No tiene ningún inconveniente en ser él mismo quien barra el local. Además, cuando le vienen alabando por todo lo que hace por los chicos, el Padre José se enfada en bromas, y reconoce que los niños le han dado más alegrías que nadie en su vida. Sobre todo, el contacto con los más pequeños, en cuyos ojos grandes y claros se puede leer, le ha rejuvenecido.

—Lo que más deseo—contesta—es tener un alma como ellos. Estoy convencido de que cada pequeño tiene el cielo en sus ojos.

Veamos un caso que nos muestra el buen resultado de esta enseñanza.

Monseñor Guidiccioni, obispo de Luca, reza el Breviario por los paseos de una hermosa huerta. Hace un tiempo soleado, y el obispo recrea su vista, mientras va rezando salmos de alabanza a Dios por todas las cosas bellas que hay en el mundo. De pronto, oye una voz infantil, angustiada, que grita:

—¡Papá, papá! Repite conmigo: Señor mío Jesucristo...

El obispo acude y encuentra al jardinero enganchado por las piernas a una sola rama, alta, que está a punto de romperse. Y al pie del árbol, su hijo llorando y rezando. Llama a otros criados que salvan del peligro al buen hombre, que había resbalado mientras podaba el árbol.

El niño se acerca y agradece al obispo la ayuda que ha prestado a su padre.

Monseñor Guidiccioni, maravillado por el comportamiento de este pequeño, le pregunta:

—¿Cuántos años tienes?

—Ocho, excelencia.

—Y, ¿dónde has aprendido a rezar el «Señor mío Jesucristo»?

—Es que voy a las escuelas del Padre José, que nos enseña que en peligro de muerte se debe ayudar a hacer el acto de contrición.

—¿Y también os enseña a ser agradecidos?

—Sí, excelencia.

El obispo procura enterarse del funcionamiento de las escuelas y se convierte en un bienhechor.

Adelantémonos cuarenta años y encontraremos otros ejemplos de la labor de Calasanz. Nos encontramos como cardenal-arzobispo de Benavento al excelentísimo Agustín Regio. El nos dirá que nunca se olvida de que el cargo se lo debe al querido Padre José, que fue quien gratuitamente le enseñó las primeras letras y piedad, siendo él de familia pobre.

Ultimo caso: Se han celebrado unas misiones cuaresmales. Se acerca Pascua y los confesonarios están así... (gesto de juntar los dedos).

El Padre X está cansado de oír pecados y de perdonarlos; en esto, ve aproximarse hacia el confesonario a un soldado que pasa de los cincuenta, y piensa que va a oír cosas muy gordas. Sobre todo, cuando el soldado le dice que va a hacer confesión general.

—Padre, me acuso de...

Son las primeras faltas. Siempre empiezan por lo más pequeño—piensa el Padre.

Pero suponte qué cara de «asombro» pondría cuando después de enumerar una serie de faltillas (ninguna pecado mortal), le dice que «nada más, Padre».

—Hijo—dice—¿de verdad que no recuerdas nada más?

—No, Padre.

—Es decir, que en tu vida de soldado no has cometido ni un solo pecado mortal.

—No, Padre. Pero no crea que no he tenido ocasiones. Algunas veces ya estaba a punto de caer y entonces me acordaba de un santo sacerdote, que me enseñó lo poco que sé, y que nos decía que antes nos debíamos dejar matar que escupir a Cristo. que eso es el pecado mortal. Era el Padre José. Y yo he cumplido con su enseñanza.

Ahí queda eso, amigo.

* * *

Los días transcurren normales. Llega el invierno con abundantes lluvias y las primeras nieves. El río Tíber crece. Hasta que un día se cansa de ir siempre por el mismo sitio y va y se desborda (se le hinchan las narices, que diría un amigo mío).

Durante la temporada, se les da vacaciones a los chavales, pues ha sido en el barrio de las escuelas del Padre José donde la inundación produce mayores calamidades. Nuestro sacerdote comienza a ejercer la caridad pública como hace unos años, cuando lo de la peste. Se procura una barquilla de remos y a luchar contra la corriente.

Con ella, llega hasta las casas aisladas por el agua; recoge a los que son arrastrados por el río. Es incansable en sus numerosos viajes. Con todo, la peor es la segunda parte.

Cuando las aguas han bajado a su cauce, queda todo el barrio enlodado y con un aspecto misera-

ble. Otra vez dando sepultura a los cadáveres, consolando y ayudando... Pero, son tantos sin casa, sin ningún familiar...

«El Padre José, ese sacerdote español»—es una frase que va extendiéndose por Roma—. Llega a círculos de obispos y de príncipes. Al principio, todos alaban su obra y sus grandes esfuerzos.

Pero, pasado algo de tiempo, las opiniones se dividen. Los locales de la parroquia de Santa Dorotea se han quedado pequeños y Calasanz, después de algún «tira y afloja», consigue otros más adecuados junto al Campo de las Flores.

Además, resulta que por dos o tres detalles el Padre José es calificado «de izquierdas». El primero, fue el admitir en las escuelas algunos niños judíos, a los que no se obligaba a asistir a los actos religiosos. Ahora no extraña tanto, pero entonces resultaba tan asombroso como ver a un oso pardo comiéndose un «polo».

Los otros detalles los veremos más adelante; son el tener relaciones con dos sabios de la época, cuyas teorías olían a «cuerno quemado» y a Inquisición.

El problema mayor que la obra plantea al Padre José es el de personal que desempeñe el cargo de maestro y que lo haga de una manera fija. Como primera solución, se le ocurre pedir ayuda a la Congregación de la Doctrina Cristiana. Sus miembros, tras una laboriosa reunión, deciden aceptar. Ahora a la enseñanza de la doctrina cristiana añadirá la de las letras.

El plan es presentado al Papa, que lo aprueba. No sólo eso, sino que eleva a la naciente obra a la

categoría de Congregación. Este Papa es Clemente VIII. Y desde ahora se comienzan a llamar «Escuelas Pías», que entre la escasez de medios materiales, y abundancia de virtudes, poseen un buen Padre prefecto: San José de Calasanz.

III

—¡Eh! Señor Amadeo, ¿se puede saber qué es esto? ¿Es que se han declarado en huelga todos los chavales de Roma?

—Cualquiera sabe, ¡estos chicos de hoy!

Sí, amigo mío; no es para menos. Imagínate que estás tomando tranquilamente el sol como don Amadeo (ochenta y tres años) en el mercado, y empiezan a pasar chavales cargados con los más raros instrumentos: mesas, sillas; uno llevaba una bola redonda, otro una pizarra. Y más. Doscientos chicos y la fila sigue. Aquél lleva un crucifijo, y ese pequeño va con las manos en los bolsillos. Y sigue la fila: quinientos veintitrés.

Don Amadeo está todo enfadado porque pasan delante de él y «en estos tiempos no dejan a uno ni tomar el sol tranquilo». Y seiscientos doce. Se acabó la extraña procesión. «¡Bah, ahora que el sol se va a poner!»

Tú ya te supones de qué se trata: nuevo traslado de las escuelas. Ahora han alquilado el palacio de Monseñor Vestri, que tiene espaciosas salas que se podrán convertir en clases. Incluso, algunas habitaciones más pequeñas servirán para cuartos de los maestros. Y si tiramos este tabique que separa los

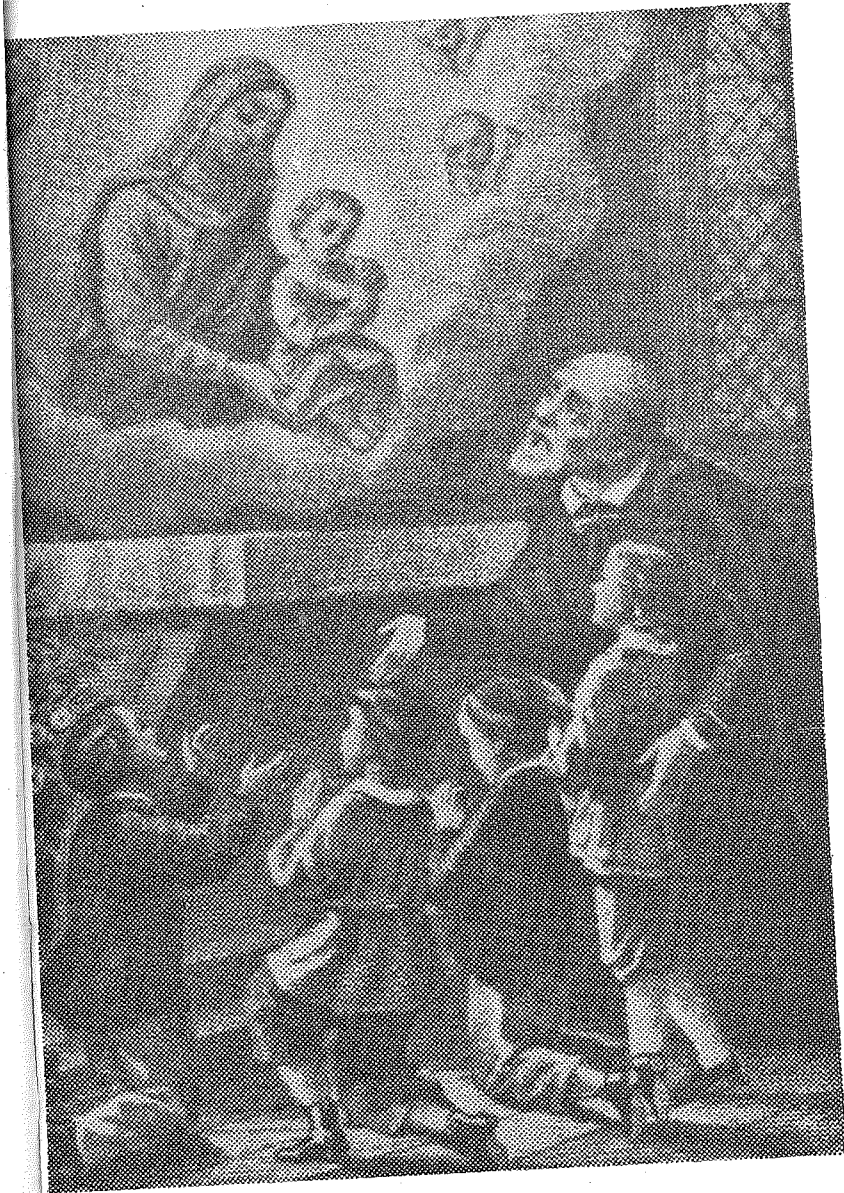
dos pasillos, podremos obtener una capilla adecuada.

José de Calasanz está entusiasmado con su capilla. Además, preside el altar mayor una Virgen, con unos ojos grandes, de madre... Y todavía le gusta más, porque la ha tallado en madera y la ha regalado el padre de un alumno. Además, instalará él mismo la campana.

Por la tarde, efectivamente, se coloca una escalera que llega al campanario, y el Padre José, con la campana en el hombro derecho, comienza a subir entre los aplausos de los alumnos. Desde arriba, sonríe a sus pequeños, y al empezar a centrarla, resbala y se precipita con la campana desde la altura. Los alumnos están espantados y las personas mayores trasladan al Padre José a su cuarto. Ha sido un golpe mortal. Pero la complexión de Calasanz lo ha soportado. De esta caída, tuvo que guardar cama durante una buena temporada.

Aunque no puede seguir el ritmo de las escuelas va enterándose de cómo marchan, aconsejando a unos y animando a todos. Recibe abundantes visitas de los alumnos y también de algunos sacerdotes. Entre estos últimos, varios que se quedan para ayudarle en la Obra.

No quiero enumerarte toda la serie. Sólo te voy a nombrar uno que más adelante te resultará simpático. Es Gaspar Dràgonetti y tiene noventa y cinco años; pero no le llames viejo. El bromea y dice que se encuentra en «plena juventud». Y no es tan absurdo esto, pues va a alcanzar la escalofriante edad de ciento veinte años. Con el mérito de conservar un alma de lo más joven que te puedes encontrar por ahí (las almas se encuentran por ahí).



Cuando el Padre José está restablecido, organiza las Escuelas Pías, más o menos, como cualquier colegio moderno. División de grupos por edades. Con dos convocatorias de exámenes anuales para poder pasar curso.

Los alumnos aumentan y se hace necesario otro traslado. ¿Qué diría don Amadeo, si viera, no a seiscientos, sino a novecientos de estos «chicos de hoy», que sólo sirven para quitarle a uno el sol?

Ahora se trasladan a otro palacio: Manini. Estamos en 1605.

* * *

Yo he visto una película del Oeste que es estupenda. No te creas que es una de estas corrientes en que entra el «malo» en el bar y empieza a tirar tiros y romper cosas. Que después, vienen los amigos del «bueno» y empiezan a eliminar a los compañeros del «malo»; y que el «bueno» lucha un cuerpo a cuerpo con el «malo», que es fantástico, porque al principio va ganando el «malo». Pero, al final, gana el «bueno», y aunque no se ve, se sabe que se casa con la chica más guapa y más buena.

No, no. Esta película que te digo yo, merece la pena verse, palabra. Se titula: SOLO ANTE EL PELIGRO. Porque al «bueno» le abandonan todos y nadie quiere ayudarle. Y tiene que vérselas con tres «gánsters». Y al final, cuando los ha matado él solito, sale toda la gente del pueblo a alabarle y decirle que es un «tío» valiente. A buenas horas, ¡no te fastidia!

Pues algo así le ocurre a San José de Calasanz. Al principio, cuando las Escuelas Pías son pequeñas,

todos le alaban y admiran. Al final, cuando muere y es canonizado, todos recuerdan que fue un gran hombre y que patatín y que patatán... Sí, claro. Después que ha tenido que pasarlas moradas, él solito.

Porque, a partir de ahora, José va a enfrentarse con cada problemita... que ni el empollón de tu clase es capaz de resolverlo.

Entre los novecientos muchachos que se trasladan diariamente a las Escuelas Pías, ya no son todos chicos pobres. Aunque la mayoría sí. Pero visto los frutos, las familias nobles no tienen miedo de que sus hijos se codeen con otros más pobres y los mandan a las escuelas del Padre José.

Este hecho, respaldado por el recuerdo de los niños judíos, levanta en las reuniones de algunos señores ricos, grandes protestas.

—Señor conde, opino lo mismo que usted. La idea más descabellada que conozco es la de ese cura español. ¡Qué barbaridad! Enseñar a leer y escribir a chicos que han nacido para trabajar.

—En efecto, señor marqués. Y échese las manos a la cabeza: los hijos de los nobles son tratados como un chico de los pobres. A usted, duquesa, ¿qué le parece?

—No me hable. Creo que deberíamos, como obligación, echar abajo la absurda obra de ese «pobre hombre». Es un peligro social.

Y comienza el ataque. Pero les falla. Usan la calumnia (por aquel principio de: «calumnia, que algo quedará»).

Entonces, el Papa Clemente VIII manda unos cardenales visitadores, sin previo aviso, para que averigüen la verdad de todo lo que se cuenta. Pero los

cardenales desmienten las calumnias y confiesan que es una obra admirable y sería un error desha-cerla.

* * *

Al Padre José le gusta un poco tomar el pelo al Padre Gaspar Dragonetti. Aunque sería más justo decir que se lo toman mutuamente.

—Usted es el viejo más refunfuñón que conozco—le dice el Padre Calasanz al Padre Gaspar—. Se confundió en el apellido; en vez de Dragonetti tenía que haberse llamado Dragonazo.

—Eso; sí, señor. Dragonazo para poderme comer a uno que se llama Calasanz.

El caso es que el Padre Gaspar ha venido cuatro o cinco veces a hablar con el Padre José. Porque la cuestión económica está pero que muy fea. Hay deudas abundantes y no sobra ni una perra gorda «pa pipas».

Al día siguiente, en la hora de recreo, Calasanz está esperando la visita de su «muchacho de ciento tres años», en que le vendrá a recordar que el almacén de patatas ha pasado la factura.

Pero no es así. El Padre Gaspar no aparece. Entonces se asoma al patio y ve que no hay ningún chico. Sólo está el Padre Dragonetti tomando tranquilamente el sol.

—¡Eh! Padre Gaspar, ¿dónde ha escondido a los muchachos?

—Je, je. ¡Los muchachos! Pues se lo estarán pasando fenómeno, porque les he concedido vacación hasta que el colegio pague todo lo que debe.

—¡Oh! ¡Esta vez sí que me la va a pagar, Padre Dragonazo!

—Je, je. El que tiene que pagar es usted. Acaba de llegar la facturita del almacén de patatas. Son ocho escudos. A ver de dónde los saca.

El Padre José manda aviso a todos los chicos para que al día siguiente regresen a la clase normalmente. Después, manda hacer una cajita con la siguiente inscripción: «Limosna para las Escuelas Pías».

Mientras la hacen, Dragonetti se lo está pasando bomba; y está más guasón que nunca.

—Pero, ¿qué hace, Padre José? ¡No, hombre, no! La caja debe tener dos metros de larga por uno y medio de ancha, sino, a ver cómo van a caber las limosnas. Je, je. Mañana se la llenan de cáscaras y papeles los chavales. ¡Lo que estoy disfrutando! Je, je.

A la noche del día siguiente se dirigen a abrir la caja.

—Digo yo que habrá estallado con tanta limosna, porque la madera no era muy buena. Con que saque para pagar la caja..., je, je—va comentando el Padre Gaspar—.

La caja se abre y al Padre Dragonetti se le corta la guasa por una temporada (sólo por una temporada). Un cheque de doscientos escudos de oro contra el Banco de Roma y cuarenta escudos sueltos.

El Padre José sonríe y dice:

—Padre Gaspar, ¿a quién había oído yo no sé qué de «para pagar la caja»?

El Padre Gaspar no responde. Pero va y, caróticamente, coge unos escudos diciendo:

—Esto se lo debemos a la Virgen, y con este dinero voy a hacerme una estatuilla suya para mi cuarto.

Y se aleja con su paso silencioso, dejando a todos boquiabiertos.

Porque la Virgen para el Padre Dragonetti... Y para el Padre José, que no se los pensaba dejar co-ger; pero, como dijo que para la Virgen...

* * *

Sigamos con las aventuras de nuestro Padre Dragonetti.

Las Escuelas Pías han sufrido un nuevo y definitivo traslado. Es el año 1612, y del palacio Manini han pasado en bloque a San Pantaleón.

El Padre José se decide a probar suerte y a cambiar una costumbre antigua y muy salvaje. Más esto que lo otro. Cuando un profesor no estaba contento con su alumno, usaba el «método pedagógico». (Que era muy variado.) Unos, usaban el de castaño; otros, el de nogal..., ¡depende! Quiero decir, que cada maestro tenía una palmeta con la que pegaban unos buenos palos; ahí, donde se suelen dar los azotes.

Pero los chicos no podían hacer trampas, metiéndose libros u otras cosas, porque se les bajaban los pantalones y se les daba directamente sobre la carne. (Eso, para que te quejes cuando tu «profe» te da un capón.)

Bueno; pues va el Padre José, reúne al profesorado en pleno, y:

«Sólo se permitirá pegar a los niños veinticuatro horas después de la falta, para que el maestro no se deje arrastrar por la ira, y después de haberse-lo comunicado al Padre Prefecto. Entonces, los azotes se darán sobre el pantalón y no sobre la carne

directa. Se recomienda, además, que no sea el profesor quien pegue, sino otro distinto. Y no debemos olvidar que con los chicos más revoltosos, es más efectivo recomendarles los sacramentos que pegarles».

El Padre Gaspar está que bufa.

—Este hombre qué se habrá creído. Ya verás como dentro de poco los maestros deberán comprar un puñado de caramelos a cada alumno. Eso si van mal las cosas, porque si van bien, va a dar derecho a los alumnos para que castiguen a los profesores.

Y es que el Padre Dragonetti es un artista en la aplicación del «método pedagógico». Sabe que al primer palo, el chico no dirá nada. Después soplará y se morderá el labio. En el cuarto palo, dará un grito, y en el sexto se echará a llorar definitivamente. Y ahora viene el Padre José diciendo que «de palos nada, monada». Después de la práctica adquirida durante los setenta años que lleva de profesor...

Los chavales de Dragonetti, que se han enterado de las nuevas leyes, gastan una broma al Padre; le esconden la palmeta. El Padre Gaspar pregunta por ella. Se levanta el «carota» de la clase y dice que ya no la necesita, pues no se les puede pegar. El Padre Dragonetti se hace «el bueno» y dice que es para señalar el mapa. Cuando la vuelve a tener en su poder, pregunta:

—¿Quién ha sido el que la escondió?

Nadie responde.

—Es decir: que ha sido el curso en bloque. Bien, amigos míos; las leyes empiezan a regir veinticuatro horas después de su divulgación. Aún no se han pasado esas horas. Por lo tanto, muchachos, en fila uno detrás de otro.

Y con una paciencia inigualable, Dragonetti aplica por última vez el «método pedagógico» a sus cuarenta y dos chicos. Después, rompe el palo delante de los alumnos y lo arroja por la ventana.

Pero a los dos días se arrepintió de haberlo roto, pues Luis debía haber recibido una buena pasada.

Luis se ha distraído en clase de latín, y el Padre le ha preguntado de repente:

—Luis, ¿qué decíamos últimamente?

El se levanta sobresaltado. Traga saliva y entonces oye que Miguel Angel le sopla: «hablábamos de la diosa Minerva».

El sonrío y lo dice. En la clase estalla una carcajada. Porque Miguel Angel ha soplado con toda mala idea. Y resulta que lo último era un ablativo absoluto.

El profesor, Padre Gaspar, reprende a Luis, que se vuelve a Miguel Angel con un gesto muy elocuente que «a la salida te lincho».

Y, claro, Miguel Angel que sabe que Luis es un «vestia» (con uve para que sea más bestia todavía), a la salida se apresura a salir «pitando». Luis corre detrás de él, y viendo que no le alcanza, agarra lo primero que encuentra a mano y ¡zas!, en todo el ojo. Debía ser algo cortante, porque Miguel Angel comienza a sangrar y tiene el ojo colgando sobre la mejilla.

El pobre, grita como un condenado. Los otros chicos corren la noticia: «que Miguel Angel..., que un ojo fuera..., que si Luis..., que si le insultó primero...»

Calasanz, que apenas ha entendido nada, se dirige al herido:

—¿Qué te pasa, chico?
Pero él, sólo hace que decir: «mi ojo, me duele», y llorar.

—Cálmate, hombre, no ha sido nada.
Entonces, Calasanz, con su mano grande de padre, coloca el ojo en su lugar, y le dice:

—Anda, lávate un poco y vete a casa.

Miguel Angel se palpa, se nota sin heridas y comienza a exclamar:

—Fue el Padre José. El me curó.

Todos los chavales de San Pantaleón se hacen eco del milagro y la noticia vuela por Roma.

El Padre Dragonetti, que estaba dispuesto a cortar otro palo para, como excepción, aplicar el «método pedagógico» a Luis, ha presenciado todo el hecho. Entonces le invade otra oleada de admiración hacia el Padre José y no corta el palo; pues, visto todo, cualquiera no se fía de que lleva razón Calasanz, Padre Prefecto y Fundador. Porque en estas fechas, las Escuelas Pías ya son **Congregación Religiosa**.

Retrasemos la historia unos años.

IV

Clemente VIII muere. Le sucede en el solio pontificio León XI, que no está ni un año. Y el 16 de mayo de 1605 es elegido Papa el cardenal Borguese, que toma el nombre de Paulo V.

El nuevo Papa resulta ser un entusiasta de la obra del Padre José. Entrega la elevada suma de cuatrocientos escudos anuales y nombra un cardenal protector de las Escuelas Pías.

Un día, los buenos escolapios se enteran de que la carroza pontificia va a pasar por la plaza Navona, al lado mismo del colegio de San Pantaleón. Salen a la portería, todos. En la plaza, hay bastante gente que se arrodilla para recibir la bendición del Papa. De pronto, Paulo V se fija en el grupo de sacerdotes que hay delante de San Pantaleón, y distinguiendo al Padre José, manda parar la comitiva y llamarlo.

Se acerca, extrañado, Calasanz, y el Pontífice comienza a hablar amigablemente con él. Un murmullo se extiende por la plaza. El Papa invita a pedir un favor al Padre José, y él, pensando en su Obra, ruega a Su Santidad que se la reafirme.

Paulo V escucha los deseos de Calasanz y da un

Breve, erigiendo las Escuelas Pías en Congregación Religiosa.

Días más tarde (el 25 de marzo de 1617), en la fiesta de la Anunciación, el Padre José vistió el hábito escolapio de manos de un representante del Papa. Después, el mismo fundador lo impuso a doce compañeros más.

Tres años más tarde, José de Calasanz se retira a Narni, y tras unos días de oración y ayuno, escribe las Constituciones de las Escuelas Pías; es decir: una especie de normas que todo el que se haga religioso escolapio deberá cumplir.

Las somete a revisión pontificia. Esta vez es Gregorio XV quien las aprueba, y exclama:

—Mostradme un religioso que las cumpla durante toda su vida y al momento le canonizo.

Viendo tan buenas disposiciones por parte del Papa, el Padre José pide que su Congregación sea elevada a Orden.

La petición es sometida a votación en la Congregación de cardenales, pero hay uno que se opone. Se trata del cardenal Tonti. (Lo siento, pero se llamaba así.)

Entonces, Calasanz redacta un artículo defendiendo su petición. En dicho escrito, el Padre José demuestra su oratoria con los doce superlativos que pone a las Escuelas Pías. Todos seguidos, sin punto. Que comienzas a leer y acabas con la lengua fuera.

El cardenal Tonti comprende y se pasa de bando. Desde ahora será el mayor defensor del documento, y bienhechor de la Orden, porque...



La Escuela Pía adquiere el título de Orden el 31 de agosto de 1621.

* * *

Durante estos últimos años ha llovido mucho. La Orden no es sólo el colegio de San Pantaleón. Se han fundado nuevas Casas, en las que viven, sacrificándose por los chicos, muchos buenos religiosos.

Entre los primeros compañeros del Padre José hay bastantes «Venerables». Pero, dejemos el título aparte y llamémosles como si fuéramos sus alumnos.

El Padre Casani es el primer maestro de Novicios. Forma parte de la fundación de algunas provincias y, entre sus primeros novicios, encontramos al conde Otonelli y al joven Glicerio Landriani.

Glicerio Landriani es de familia rica. Desde pequeño, tenía gran compasión por los pobres; de modo que la cocinera de la casa no sabía cómo vigilar los alimentos, porque, cuando se descuidaba un poco, el pequeño cogía lo primero que veía a mano y se lo daba al primer pobre que encontraba.

Más de una vez, volvió a casa con el traje de algún mendigo, que había cambiado por el suyo.

Si lo tuviéramos que comparar con algún apóstol, lo haríamos con San Juan. Porque sus principales virtudes eran la pureza y la dulzura.

También entre los primeros escolapios se halla el Padre Tomás Victoria..

Cierta vez, tenía que marchar de viaje con otro

religioso y se presentó al Fundador para pedirle la bendición y la comida. Calasanz le dijo que no se preocupara y que partiera sin ella, porque Dios proveería.

Salieron los dos, y cuando sintieron hambre, entraron en un bosquecillo, en donde había una fuente. Al acercarse a ella, encontraron sobre la hierba un mantel con suficiente comida para los dos.

Tú te acuerdas todavía del simpático Padre Dragonetti. Bueno, pues, antes de contarte otra aventura suya, quiero que sepas que el Padre Lorenzo Santilli, según definición del Padre Gaspar, «está hecho al revés». La verdad es que Dragonetti ha recibido una buena lección.

Cuando el Padre José suprimió el castiguito aquel del «método pedagógico», te acordarás de que al Padre Gaspar no le hizo mucha gracia que digamos. Y se quedó admirado al enterarse de que el Padre Lorenzo Santilli tenía un método opuesto al suyo.

Cuando algún alumno se portaba mal, le corregía dulcemente, y si era imposible su enmienda, en vez de pegar al alumno, se pegaba a sí mismo. Y cosa curiosa: obtenía mejores resultados que el Padre Gaspar.

La última aventura que te cuento de este último es la siguiente:

Reina Urbano VIII. Un día pasa ante San Pantaleón y los religiosos salen a la portería para recibir su bendición.

El Papa se fija en la imponente figura del Padre Dragonetti. Y al enterarse de que todavía da clase a pesar de su edad, le llama y dice que pase

por el Vaticano el próximo viernes, pues desea saber cómo se desenvuelve en la clase.

Y allí va nuestro ancianito amigo, con su paso silencioso y la «Eneida» debajo del brazo.

Urbano VIII le recibe, charla un rato con él, y al final le dice:

—Explíquenos un trozo de la «Eneida».

(Con el Papa está toda una serie de cardenales.)

El Padre Gaspar se santigua solemnemente. Abre el libro al azar, y comienza:

—Atención, chicos, no os distraigáis.

La Curia pontificia sonríe. Pero, verdaderamente, ante el Padre Dragonetti que les lleva cuarenta años, son unos chavales.

Después, lee unos versos que explica con todos sus recursos oratorios.

El Papa está contento, y le indica que puede pedir un favor. El Padre Gaspar, que ha conocido a más de veinte Papas, sólo desea la bendición de Su Santidad, Urbano VIII.

Después, se aleja lo más de prisa que puede, porque sus chicos hace diez minutos que estarán en clase esperándole.

Todavía queda otro nombre que me gustaría se te hiciera familiar. Es el hombre más original entre los compañeros de Calasanz: el Padre Alacchi (se pronuncia Alaki).

Lo que no se le puede negar, de ningún modo, a Alacchi, es el empuje que tiene. Fue el escolapio que más kilómetros recorrió a pie. El primer viajecito se lo hizo, con quince jóvenes que querían ser escolapios, desde Liguria a Roma. Entonces el Padre José le nombra maestro de novicios.

Pero, ¿de dónde?, si no hay noviciado. Eso lo

arregla el Padre Alacchi en seguida. Con sus quince muchachos, poca comida, trabajo con horas extraordinarias, etc... se levantan un noviciado para noventa.

Con todo, el espíritu del Padre Alacchi no es el más conveniente para un maestro de novicios. Pide permiso para ir a fundar por ahí, donde sea. El Padre José, que le conoce y aprecia, le dice que «bueno, que vaya por ahí».

Y por ahí se va. El caso es que llega a un sitio: hace cuatro conversaciones, queda de acuerdo con el «alcalde» del pueblo de que aquel terreno servirá para un colegio de Escuelas Pías; avisa a otros Padres que se queden, y él, sigue con su deseo incansable de andar y andar.

Una vez, estando en peligro de ahogarse, hizo promesa de ir a evangelizar las Indias si se salvaba. Consiguió agarrarse a una orilla, y al poco tiempo, escribe una carta a Calasanz pidiéndole que le deje ir a las Indias, que así se lo había prometido a la Virgen en peligro de muerte. Y con otro compañero se pone en camino, pasando por España, y funda en nuestra patria. Aunque los colegios duraron poco a causa de la guerra, que hubo dos años después.

Estando a punto de zarpar en Portugal hacia las Indias, discute con el capitán del barco, por lo que no se embarca.

Poco tiempo después, discute también con su compañero de viaje y se separan. El se dirige de nuevo hacia Italia: desembarca en Cerdeña, donde así, por las buenas, va y funda otro colegio.

Por esta época cae enfermo. Está grave. El médico dice que no hay nada que hacer.

Al enterarse Calasanz, sonríe exclamando:

—Mi querido Padre Alacchi, todavía tiene mucho que andar.

Pocos días después estaba completamente sano. Y pronto se encuentra Calasanz con otra extraña petición:

—Padre, déjeme ir a Jerusalén, la Tierra Santa. Y hacia Jerusalén se dispone a partir. Pero llega a Venecia y de ahí no pasa, porque...

—Padre General—escribe al Padre José—: He pensado que no está de más que en Venecia tengamos colegio los escolapios. Yo estoy dispuesto a fundar.

Estando aún en Venecia, aparece la peste. Y es el momento en el que el Padre Alacchi adquiere indiscutiblemente el título de original. Se construye una casa encima de un árbol y allí vive. El «hombre de la cabaña-nido», le llaman en Venecia. Calasanz tiene que escribir más de una carta para que abandone su extraña manera de vivir. Más o menos, le dice:

Que eso es una cosa sorprendente y que se deje de inventos; que eso son castillos en el aire y que cualquier día «se la pega», y que por conseguir un acto de contrición de un apestado está pagada toda fatiga. Y, a ver si nuestro Padre Alacchi, que tantas veces ha cruzado los mares, va ahora a ahogarse en un dedal de agua».

* * *

Aquí tienes los comienzos de esta maravillosa obra. Un santo, de fundador y Padre General. Muchos buenos religiosos que son considerados

por la Iglesia como venerables (Padre Casani, Padre Landriani...). Algunos, simpáticos y dinámicos (como Dragonetti y Alacchi).

Pero, me dirás: ¿es posible que todo fuera tan bien? ¿Que no hubiera ningún mal religioso?

La verdad es que no faltó. Y no fue uno solo. Ahora comienza el verdadero calvario, sin el cual, el Padre José no hubiera llegado a ser San José de Calasanz.

PARTE TERCERA

SAN JOSE DE CALASANZ

I

Todavía recordarás que te dije que Calasanz había sido calificado de «izquierdas». Este es el momento de aclarar tal afirmación.

Hay dos filósofo-científicos contemporáneos de nuestro santo: Campanella y Galileo. Hay también una Inquisición; es decir: un tribunal para juzgar y condenar a los herejes.

Los dos sabios hacen adelantos en la ciencia, pero por una rara costumbre de aquellos tiempos, pretenden apoyar sus teorías no sólo en experimentos, sino también en la Biblia. La Inquisición o Santo Oficio, encargada de guardar la fe, en cuanto ve mezcladas con el Libro Sagrado unas afirmaciones tan nuevas y tan extrañas, juzga y encarcela a ambos. Más adelante los dejará en libertad.

Y San José de Calasanz los comprende y ayuda cuanto puede. La cosa no se queda en Calasanz-Galileo-Inquisición. Aparece otra figura de la que hablaremos dentro de poco.

Galileo habita solo, en las afueras de Florencia, y Calasanz encarga a los Padres del colegio de

esta ciudad que ayuden al anciano sabio y procuren complacerle en todo. Hasta permite al Padre Settimii que se quede a pasar la noche con él. Alrededor de Galileo, que en el ocaso de su vida se queda ciego, florece un grupo de jóvenes escolapios (Settimii, Carlos Conti, Michelini, Rosi, Morelli...) que, animados por San José de Calasanz, aprenden las teorías del famoso sabio.

Así, pues, la comunidad de Florencia está formada por un puñado de «tíos inteligentes». Y en este estado de cosas, aparece la figura de la que íbamos a hablar.

Mario Sozzi. No te lo voy a describir: sólo te hablaré de su manera de actuar.

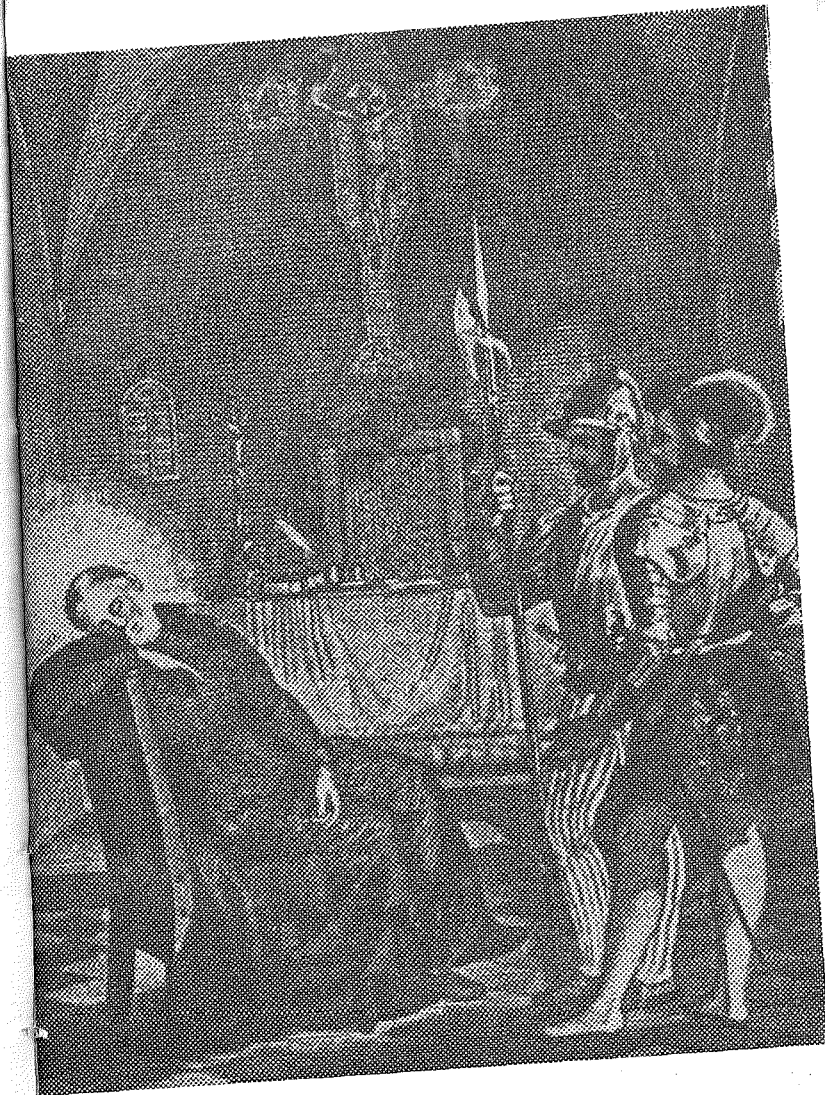
Sozzi entra en las Escuelas Pías, siendo ya sacerdote. El pobre no es una cabeza privilegiada (algunos cursos le «catearon» en junio y septiembre). Cuando llega a Florencia, se da cuenta de la ventaja que le llevan intelectualmente los otros Padres, y se revuelve de envidia.

Tiene la suerte de descubrir una casa donde reina la inmoralidad: unas jóvenes son engañadas por una mujer y por los discursos de un canónigo que pretende acallar sus conciencias. El Padre Mario delata todo ello al Santo Oficio, y así se consigue un gran «enchufe» con el director de la Inquisición en Florencia: Muzarelli.

Con esta protección empieza Sozzi a actuar.

Nadie sabe de dónde lo saca, pero en su habitación siempre tiene mazapanes, golosinas y otros alimentos.

Un día que su Padre Rector está confesando, cuenta no se qué «historias» a Muzarelli, que se presenta en la iglesia, hace salir al Padre Rector



del confesonario y, delante de toda la gente, anuncia que le está prohibido confesar en público (el Padre Mario la está gozando como un «enano»).

Días después, encuentra que todo lo que tenía en su despensa particular ha sido repartido a partes iguales en el comedor. Esto le sienta peor que mal, y pronto tiene ocasión de vengarse.

En la comunidad hay un Padre ancianito que tiene muy buen humor y ha gastado más de una broma. Los Padres jóvenes se reúnen y deciden gastarles a él otra broma que valga por todas juntas. Llega la época del cambio de superiores y se ponen de acuerdo para hacerle creer que ha sido nombrado Padre Provincial de Florencia. Lo demás viene todo seguido.

—Padre Provincial, espero que nos invitará.

El viejecillo busca algo para convidar a todos, y se prepara unas palabras de agradecimiento. Y claro, después que todos han comido, entre risas y mucha guasa, le dicen que todo ha sido una broma. El Padre Mario rió, participó del convite y se lo pasó «cañón».

Cuando ya todo había vuelto a la normalidad, Mario fue a visitar a Muzarelli, el inquisidor. Y con la facilidad que tiene para dar la vuelta a las cosas, le habló de: «Bromas pesadísimas, risa contra los ancianos, chistes contra la Inquisición...»

Muzarelli convocó a toda la comunidad. Las cosas se aclararon pronto, pero todos los Padres debieron beber aquel mal trago: verse llamados por la Inquisición. Desde entonces, el Padre Mario se mueve en un ambiente difícil. Los religio-

sos no están contentos con su manera de comportarse y escriben pidiendo su traslado.

El Padre José da la orden de que el Padre Mario Sozzi se traslade a Narni. Pero él no hace caso de esta orden y viéndose protegido por el Santo Oficio, pide cartas a Muzarelli y se traslada a Roma. Allí se entrevista con monseñor Albizi, al que habla de los favores que ha hecho a la Inquisición. De que los escolapios de Florencia son «tíos peligrosos», por su contacto con Galileo; pues hablan de que si la Tierra se mueve, y de que si los cuerpos están compuestos de átomos en vez de materia y forma, como era tradicional.

Monseñor Albizi, después de hacerse amigo de este «bienhechor de la Inquisición» y darse cuenta de la falta que hace en Florencia, manda al Padre José que le destine de nuevo al colegio florentino. El Padre José procura hacer ver al inquisidor que no es justo enviarle de nuevo. Y entonces, monseñor Albizi nombra provincial de Florencia e independizado del General al Padre Mario Sozzi.

San José de Calasanz no recibe, desde este nombramiento, ninguna carta de los religiosos de Florencia y no se entera de las «faenitas» que está haciendo el incompetente provincial.

* * *

Así, por las buenas, se presenta el Padre Mario en Roma. Ha sido expulsado de Florencia por el Gran Duque (nunca nos enteraríamos del porqué). El caso es que monseñor Albizi recibe la

información de que ha sido el Padre General quien ha tenido la culpa de todo.

El resultado de ello fue una reprimenda al Padre José acompañada del mandato de que el Padre Mario permaneciera en Roma.

Los Padres de Florencia seguían sin dar señales de vida, y el ayudante del Padre José sospechó de que el Padre Mario retenía las cartas y se lo comunicó al cardenal protector: Cesarini.

El cardenal se indignó y, a pesar de que el Padre José le dijo que era mejor no hacerlo, tomó a unos testigos y fue al cuarto de Sozzi. Una vez en él, pidió que le entregara todos los documentos. El Padre Mario replicó:

—Tengo cartas que pertenecen al Santo Oficio y no puedo entregar.

Pero el cardenal Cesarini contestó:

—Yo también pertenezco al Santo Oficio. Entregadlo todo.

Hubo un dato curioso: el Padre Mario sólo poseía un documento del Santo Oficio y de tan poco valor como las cuentas de Pisa.

Pero aquello hizo revolverse al Padre Mario como una víbora. En seguida, escribió a monseñor Albizi:

«Ilustrísimo y Reverendísimo Señor: Esta tarde, estando ausente, el Padre General, los asistentes, el procurador y el secretario, me han sustraído todas las escrituras que tenía en mi poder pertenecientes a este santo tribunal. Otras humillaciones contra mi persona las acepto, y me las callo; pero, tratándose del Santo Oficio, me creo en la obligación de comunicarlo a Su Ilustrísima para que adopte las medidas oportunas.»

En esta cartita puedes ver la maravillosa cualidad de presentar los hechos «patas arriba» que poseía el Padre Mario.

El asunto, así denunciado, era gravísimo. Albizi se encolerizó, y lo comunicó nada menos que al propio Urbano VIII, Papa entonces reinante. El pontifice da la orden de apresar y condenar a todos.

* * *

Los chavales de San Pantaleón han salido de las clases, alborotando la plaza. Es mediodía, y el sol tiene un intenso reflejo en las piedras de tal modo, que duelen los ojos.

Por el extremo de una calle, avanza en formación un numeroso grupo de soldados del Santo Oficio, haciendo sonar sus lanzas en el empedrado. Cuando llegan a la plaza Navona y Massimi, rodean el colegio de San Pantaleón. Toda la gente que vive allí está asombrada, y aún más, los buenos escolapios, que desde dentro contemplan la maniobra. Una hora más tarde (la gente que se cree importante no suele ser puntual), llega en su carroza monseñor Albizi. Baja, y entra en el colegio, con la cabeza bien elevada y un taconeo orgulloso. En la sacristía encuentra al Padre José con otros religiosos, y haciéndose el «sueco», pregunta:

—¿Quién es el Padre General de las Escuelas Pías?

Calasanz responde:

—Soy yo, ¿qué desea Su Ilustrísima?

Albizi, engordando la voz, dice:

—Queda declarado con sus asistentes prisionero del Santo Oficio.

—Estoy a su disposición—acepta el Padre José con humildad.

Uno de los asistentes acababa de comenzar la Santa Misa. Monseñor Albizi le hizo regresar a la sacristía, desvestirse los ornamentos sagrados y ponerse en camino.

No les dio tiempo a tomar nada, y a pleno sol, rodeados de guardias, avanzan el Padre José y sus cuatro asistentes. Calasanz sobresale por su pelo blanco y elevada estatura. Detrás, la carroza de monseñor cierra la comitiva. Están recorriendo calles céntricas y, por lo tanto, hay bastante gente que los ve pasar.

Cuando llegan al Santo Oficio, se les hace esperar unas horas, mientras el inquisidor come y hace la siesta.

San José de Calasanz, un poco por el calor, y un mucho por tener la conciencia tranquila, se queda dormido apaciblemente.

Al cabo de larga espera, vuelve monseñor Albizi y, con voz opaca, comienza su condenación.

Quedan todos en calidad de prisioneros de este tribunal por haber sustraído a un gran amigo del Santo Oficio papeles que pertenecían a la Inquisición.

San José de Calasanz pregunta humildemente:

—¿De qué papeles se trata?

—De los que desvergonzadamente sustrajisteis al buen Padre Mario.

—Perdón, Su Ilustrísima. Pero ni estos Padres ni yo hemos cogido nada. Ha sido todo asunto

del cardenal Cesarini. Vos mismo podéis comprobarlo.

Oír nombrar al cardenal Cesarini y quedar espantado (monseñor Albizi), fue cuestión de segundos. Para asegurarse, mandó a los dos asistentes más jóvenes a pedir explicaciones al cardenal. Cesarini se llevó un buen disgusto y mandó a un conde que fuera con la mejor carroza hasta el Santo Oficio...

—Que las cortinillas de las ventanas vayan alzadas y que a paso lento recorran las mismas calles por las que horas antes han ido andando.

Mientras tanto, el Padre Mario está disfrutando como un loco. Se ha hecho dueño de la situación, juntamente con su «íntimo» Esteban Que Rubiní. Así que, cuando ve triunfalmente en la carroza a los apresados, se queda «chafao».

Calasanz se va a retirar a su cuarto, pero le rodean algunos religiosos que le preguntan si ha sufrido mucho en el Santo Oficio.

—Al volver, sí he sufrido, avergonzado en la carroza. Al ir, no. Pues fui meditando en la Pasión de Cristo. El lo pasó peor.

Así respondió el Padre José. El Santo Padre José de Calasanz.

* * *

En el idioma castellano se ha convertido en refrán la frase: «tiene más paciencia que el santo Job».

San José de Calasanz fue llamado «el Job de la Ley de Gracia».

Tú por Religión te sabes la historia de Job.

Maltratado por el diablo, no se rebela contra Dios; al contrario, exclama: «Dios me lo dio, Dios me lo quitó. Bendito sea su nombre».

Esta misma frase la repetirá San José de Calasanz cuando encuentre su obra destruída. El trabajo de toda su vida, deshecho.

No sabemos bien cómo se las arregló el Padre Mario. Probablemente, escribiendo al Santo Oficio (que lo comunicaría al Papa) una de sus cartas llenas de mentiras. El caso es que Sozzi logra el mayor éxito de su vida, que se había propuesto.

En un decreto de enero de 1643, la Sagrada Congregación de Religiosos, determina los siguientes puntos:

1.º Queda destituido el Padre José del cargo de General de la Orden.

2.º Regirá las Escuelas Pías, como primer Asistente, el Padre Mario.

3.º Se prohíbe fundar nuevas Casas y admitir novicios.

4.º Será elegido para el cargo de Visitador un sacerdote de otra Orden.

Un trío se encargará, de ahora en adelante, de la dirección de la Orden: El primer Asistente, Mario Sozzi; el Visitador, Padre Pietrasanta; y, el Procurador, Esteban Querubini. Entre los tres se proponen hundir las Escuelas Pías.

Por esta época, San José de Calasanz escribe unas maravillosas cartas a todos sus escolapios, animándoles a obedecer y a tener confianza en Dios.

El Padre Mario comienza su obra destructora. Para San José de Calasanz empieza un juego cruel. Cuando se trata de hacer cumplir un man-



dato, el Padre Mario ordena a Calasanz que obligue a todos los religiosos a cumplirlo; pues, a él, no le hacen caso. Sólo cuando el Fundador firma las órdenes, los religiosos obedecen.

El Padre Mario que venga suciamente. Trata a Calasanz de «viejo chocho», y le humilla cuanto puede. Todo lo aguanta el Santo. Entrega, como buen religioso, las limosnas que le dan y se rebaja a pedir unos julios para comprar estampas a los niños. Y Sozzi se los entrega, uno por uno, contándolos en voz alta. El Padre José guardaba como una reliquia el corazón del venerable Glicerio Landriani, y el Padre Mario se lo quitó, burlándose de él.

Un día, Mario dice al buen Padre José que no descansará hasta que haya destruido la Escuela Pía. Esta es la única vez en que el Santo, con voz firme y profética, le amenaza:

—Padre Mario, temed la ira de Dios por el mal que estáis haciendo a esta obra suya.

Y la ira de Dios penetró en la carne del Padre Mario: la lepra; la enfermedad que en el Antiguo Testamento significaba la mano vengadora del Señor. El cuerpo se llena de pústulas, se hincha. Mario lo pasa mal; hasta los médicos, con deseos de curarle, le hacen tomar unas medicinas repugnantes.

Va el Padre José, pero es rechazado. Manda al Padre Casani que le lleve la comunión, y éste con sigue hablar con el Padre Mario que, entre otras cosas, dice: «Decid a Calasanz que si le he molestado en algo, que perdone».

Pero antes de morir deja un testamento digno de su malicia: «Que mi cuerpo no sea expuesto y

que me sustituya en el cargo el Padre Querubini»

Monseñor Albizi se encarga de cumplir el último deseo de su amigo. Ante el asombro de todos los religiosos es nombrado como general el Padre Querubini. De todos los colegios se elevan protestas y aun amenazas, y el pobre Querubini se refugia en el cuarto de Calasanz, casi llorando y rogando que le ayude. El Padre José le lleva de la mano al oratorio y con unas sencillas palabras dice a todos que le obedezcan, y él es el primero en besarle la mano en señal de obediencia.

II

En 1645 se celebra una reunión de cardenales. Desde fuera se puede dar una cuenta de que la sesión está animadilla, pues hay uno que levanta la voz demasiado: es el cardenal Paolucci.

En esta reunión se está tratando un asunto interesante. El Padre Querubini, general de las Escuelas Pías, el Padre Pietrasanta y otras firmas (que no sabemos de dónde salieron) han presentado una petición: que la Orden de las Escuelas Pías sea rebajada a Congregación.

Los cardenales, enterados de las últimas noticias de la Orden, y creyendo que el causante de todo es el fundador, están a punto de aprobarlo. Menos mal que monseñor Paolucci defiende con entusiasmo, y casi a gritos, a las Escuelas Pías, y consigue no solamente que la petición no sea tenida en cuenta, sino que de la reunión salgan unos resultados que alegren el corazón de los buenos escolapios:

1.º El Padre José es nombrado de nuevo general de la Orden.

2.º Los antiguos asistentes ocuparán otra vez sus puestos.

3.º Se nombrará otro cardenal protector (pues Casarini había fallecido).

Esta noticia se corrió como la pólvora y entre los religiosos nació un optimismo nuevo. No duró mucho, por desgracia.

Antes de que el documento se hiciera público oficialmente, el Padre Querubini y sus aliados manejan con infames procedimientos una serie de calumnias que hacen llegar a oídos del Papa Inocencio X.

Inocencio X se lo cree todo y da un decreto por el que la Orden escolapia es reducida a simple Congregación.

En una nueva reunión de la Curia, el cardenal Roma, tomando la palabra, dice:

—El Romano Pontífice ha decidido reducir la Orden de las Escuelas Pías a Congregación. La decisión no debe ser discutida, sino redactada.

Es monseñor Albizi quien se ofrece a redactar el documento. Este se decreta en marzo de 1646.

El secretario de la Congregación de religiosos se presenta en San Pantaleón el día 17, reúne a todos los Padres de la comunidad y lee el breve pontificio. Resumiéndolo, viene a decir:

—La religión de las Escuelas Pías queda reducida a Congregación.

—Los religiosos profesos de la Orden pueden pasarse a otra cualquiera.

—No existirá el cargo de general.

—Los religiosos estarán sometidos a los obispos de las diócesis respectivas.

Después de la buena noticia que se corrió, tras

la primera reunión de cardenales, el presente breve cayó como la bomba «H».

San José de Calasanz exclama: «Dios me lo dio, Dios me lo quitó. Todo sea por su gloria».

Y comienza de nuevo a ser el «buen Padre» para todos. En sus cartas los anima a perseverar y obedecer como niños, por quienes entrega su vida a Dios. A trabajar duro, que si la Orden es obra divina, ya vendrán días más hermosos y claros.

Sólo faltan dos años para que Calasanz termine su carrera gigante. Alcanzará los noventa, pero antes morirán todos los enemigos de su obra.

El Padre Pietrasanta, el visitador, muere tras una dolorosa enfermedad: la piedra.

Y a Querubini (que también se pudo haber llamado Diablino) le visitará la muerte, pero antes le enviará la «tarjeta de visita». Un aviso terrible: la lepra, como a Mario.

Se repite la escena de las pústulas y llagas malolientes. Pero Querubini tiene un buen gesto final.

Llama a un Padre y, reconociendo la mano de Dios, encarga pedir públicamente perdón al Padre José. Calasanz, en su reacción, se muestra otra vez santo.

—De todo corazón yo le perdono; le perdono de todo corazón; así Dios me perdone a mí mis pecados. Yo jamás he deseado sino la salvación de su alma.

Además le visitó varias veces y no le abandonó en los últimos instantes, siendo él su confesor.

Hoy es el cumpleaños de Calasanz. Cumple noventa años. Es mucho eso.

El Padre José lo celebra tan alegremente como otros años. Las Escuelas Pías se están arruinando. No entran novicios y el número de religiosos va disminuyendo. Además, Calasanz nota que se acerca una estupenda cita: Dios y él.

Ahora lleva un bastoncillo y arrastra los pies lentamente. Noventa años: una larga vida entregada a Dios.

Hacia el día 10 de agosto cae enfermo. No es propiamente enfermedad. Es una vida gastada que se va apagando. Llega un día en que ya no puede celebrar la misa.

Es domingo y en la iglesia los chicos están asistiendo a la santa misa que celebra el Padre Berro, primer historiador del santo. En la comunión, desde el fondo del oratorio, comienza a recorrer el pasillo la anciana figura del Padre José. Hay un silencio sagrado en la Iglesia. Los chicos (ahora hijos y algún nietecillo de los primeros alumnos de Calasanz) contemplan al buen Padre José avanzar apoyado en su bastón. Reclinarse y recibir en su lengua, de la que han oído tantas palabras sencillas y bellas, el cuerpo blanco de Dios.

Al final de la misa el santo bendice a todos los niños. A los que están allí y a todos los demás, porque son los amos del cielo. A ti también, amigo mío, te alcanzó aquella paternal bendición.

Por la tarde se acostó para no volverse a levantar. Empezaron las visitas. Todos marchan asombrados de la paciencia y sencillez del santo. Una vez le visita un antiguo alumno. Padece de una pierna, y al salir se encuentra totalmente sano. Regresa a agradecerse al P. José, y con mucho



disimulo se lleva la taza donde Calasanz toma un poco de comida. A partir de ahora empiezan a desaparecer cosas. La taza se la llevan varias veces. En la percha está colgada una sotana. El Padre Berro la ve y se dispone a guardarla. Cuando lo hace se encuentra que ya le faltan bastantes trozos. Hasta con las sábanas hay que tener cuidado. Todos quieren tener algún recuerdo como reliquia.

El día 24 Calasanz pide la comunión. Después le oyen susurrar unas palabras dirigidas a la Virgen. Al preguntarle luego por qué hablaba así, respondió que se le había aparecido con todos los escolapios fallecidos.

Por la noche pide que se le administren los últimos sacramentos y que recen la recomendación del alma.

Su testamento hablado es recomendar a todos sus religiosos la devoción a la Madre de Dios.

En la mañana del 25 de agosto de 1648, repitiendo tres veces el nombre de «Jesús», muere San José de Calasanz.

El Padre Berro, primer biógrafo del santo, escribe que antes de la muerte los Padres que había en el cuarto estaban tristes, pero en el momento de morir les invadió una inexplicable alegría.

Morir dulcemente, con la obra de toda una vida destruida y la sensación de haber fracasado es de santos.

LA ULTIMA PAGINA

En las cosas serias sólo se debe fiar uno de Cristo. Yo al menos eso hago.

Cristo dijo: «Dejad que los niños se acerquen a

Mí, y no se lo impidáis, porque suyo es el reino de los cielos». Y «Si no os hicierais como niños, no entraréis en el reino».

Calasanz supo hacerse niño, vivir con ellos, comprenderlos.

Calasanz se pareció mucho a Cristo. Entre otras cosas en su muerte. Murió aparentemente fracasado. Pero lo mismo que Cristo, después de su muerte fue glorificado.

El cuerpo de Calasanz es expuesto y gente de toda Roma va a verle. De vez en cuando se produce un milagro y las avalanchas de gente se aprietan alrededor del P. José, hablando y empujándose, a pesar de estar en la iglesia.

Dios habla por boca de un niño de cinco años, que comienza a gritar: «He aquí el santo, he aquí el santo».

La gente se apresura a cortar trozos de la sotana y cabellos de Calasanz como preciosas reliquias. Hasta el punto de que es necesario montar un cordón de guardias con lanzas alrededor del cuerpo.

La fama de Calasanz vuela: Benedicto XIV le beatifica. Clemente XIII le canoniza. Pío XII le nombra «Patrón universal de las escuelas cristianas».

* * *

Tú y yo estamos seguros de que en el cielo hay un santo más. San José de Calasanz, que amó a todos los que son o fueron niños y que está esperándonos a ti y a mí.

**FECHAS PRINCIPALES DE LA VIDA
DE SAN JOSE DE CALASANZ**

Nacimiento	31 julio	1558
Sacerdocio		1583
Paso a Roma		1592
Santa Dorotea		1597
Vestición		1617
Elevación de las E. P. a Orden religiosa		1621
Destrucción		1646
Muerte	25 agosto	1648
Beatificación		1748
Canonización		1767
Patrón de las escuelas cristianas ...		1948